



¿Aceptaré la enfermera volar en el jet privado del magnate italiano?

Sophie Court había leído suficiente acerca de Alessio Rossi-White y su poderoso atractivo en los periódicos. Pero pronto tendría que enfrentarse a él en persona y contarle los secretos que su jefe, el padre de Alessio, le había ocultado.

Aun así, Sophie no esperaba que Alessio buscara en ella la solución a sus problemas familiares... invitándola a Lake Garda como si fuera su novia. Sophie, una mujer que se creía inmune al amor, pensaba que sería tarea fácil. Sin embargo, la situación se estaba volviendo cada vez más arriesgada... ¡porque una conexión tan potente como aquella no podía ser falsa!

## *Capítulo 1*

**E**L edificio no era tal y como Sophie esperaba. Aunque una vez fuera del impresionante edificio georgiano tenía que admitir que se había precipitado a asumir lo evidente.

Un billonario arrogante... oficinas por todo lo alto. El tipo de lugar que anunciaba que su ocupante no era un hombre con el que uno podía meterse porque era más grande, más fuerte y más rico.

Azotada por un fuerte viento invernal y reparando en que ya había oscurecido a pesar de que eran poco más de las cinco y media, ella permaneció dubitativa mirando al edificio.

Era una casa de cuatro plantas, con unas escaleras que llevaban hasta la puerta principal. Era idéntica al resto de las otras casas de ese prestigioso barrio situado en el corazón de Londres. Y todos los coches que había aparcados cerca eran Teslas o Bentleys. Algo le indicaba que si permanecía allí demasiado tiempo, preguntándose si había hecho lo correcto, alguien aparecería de la nada y la acompañaría hasta las bulliciosas calles cercanas. Y posiblemente, agarrándola del pescuezo.

Inquieta por la idea, Sophie se apresuró hasta la puerta y se percató de que la aldaba de bronce que tenía estaba de adorno, ya que, a un lado de la puerta había un panel con botones y un altavoz.

Se tomó unos segundos para pensar sobre dónde estaba y por qué.

Había hecho un viaje largo e incómodo desde Yorkshire, un viaje con trampa y con un resultado impredecible. Debía transmitir un mensaje bajo la protección de la oscuridad, porque Leonard-White le había prohibido expresamente que contactara con su hijo, y ¿qué clase de recibimiento le iban a dar? ¿Después de ir en contra de los deseos de su jefe para obedecer a la vocecita que le hablaba en su interior?

No tenía ni idea, porque Alessio Rossi-White, por lo que conocía de él, tenía sus propias normas.

Sophie llamó al telefonillo e, inmediatamente, su corazón comenzó a latir con más fuerza. Respondió una voz de mujer que le dijo que no, que a menos de que hubiera concertado una cita, no había posibilidad alguna de que la dejaran pasar.

—Me temo que el señor Rossi-White solo está en la ciudad por unos días, y que tiene la agenda demasiado ocupada para ver a nadie más, al margen de las circunstancias. Por supuesto, si usted quiere programar una cita...

—He tardado horas para llegar hasta aquí...

—¿Quizá debería haber comprobado primero si el señor Rossi-White estaba disponible? Ahora, si no le importa, tengo llamadas que atender...

—Sí me importa —repuso Sophie. Había ido allí por un motivo, y no pensaba abandonar por culpa de una recepcionista.

En su vida se había enfrentado a retos más grandes que a una recepcionista detrás de una puerta cerrada. No pensaba marcharse hasta que viera a Alessio Rossi-White y le contara lo de su padre.

—¿Disculpe?

—Es un asunto personal —dijo Sophie—. Si de veras quiere negarme la entrada, adelante, pero le aseguró que tendrá que dar explicaciones cuando Alessio se entere de que me ha echado.

Al sentir que la mujer que estaba al otro lado del intercomunicador dudaba un instante, suspiró aliviada. Por supuesto podía haber avisado a Alessio acerca de que iba a ir a verlo a Londres, pero todo había sido tan precipitado... Ella sabía que él estaría en Londres porque su asistente personal siempre informaba de sus movimientos a su padre. Por si acaso. Sin embargo, Leonard nunca había empleado esa información para contactar con su hijo.

Ella trabajaba para Leonard y era consciente de la incertidumbre y el estrés que el hombre había sufrido durante los últimos meses. Por eso, había aceptado adentrarse en ese territorio que le resultaba tan poco familiar.

—Veré lo que puedo hacer. ¿Puede decirme su nombre?

—Sophie Court.

¿Reconocería el nombre?

—Puede decirle que trabajo para su padre.

—Por favor, manténgase a la espera.

Alessio tardó un instante en registrar su nombre, pero lo reconoció en cuanto le dijeron que era la enfermera-acompañante de su padre.

Su padre había sufrido un ataque dos años atrás. Él lo había planteado como:

—Un problemilla de salud, nada de lo que preocuparse... No hace falta que vengas a Yorkshire... Puede que esté viejo, pero todavía no estoy decrepito... —le había dicho entonces.

¿Y realmente necesitaba que alguien cuidara de él a diario?

La última vez que Alessio le había visitado, unos meses antes, el hombre parecía el mismo de siempre. Con el ceño fruncido... Impaciente y poco dispuesto a hacer o decir nada que fuera más allá de lo básicamente educado. No habían compartido ningún secreto importante, aunque tampoco lo habían hecho nunca. Su relación se limitaba a las visitas trimestrales y algunas llamadas telefónicas.

Pero Alessio no se planteaba si aquella era una relación normal. Era la que era. Si la suya era una vida ruda en la que no existía la nostalgia ni el arrepentimiento era porque había sido moldeado por experiencias amargas, y había crecido creyendo que la rudeza era un símbolo de la fortaleza que lo había convertido en el hombre poderoso que era.

«Sophie Court...», se había olvidado de la existencia de aquella mujer. No había estado presente en ninguna de las ocasiones en las que había visitado a su padre.

Sin embargo, allí estaba, y no podía haber llegado en peor momento porque su agenda estaba llena de asuntos pendientes que debía atender. Tenía varias reuniones al mismo tiempo y, una hora más tarde, una conferencia internacional con los presidentes de tres empresas en tres zonas horarias diferentes.

Lo que tuviera que decir debía ser rápido y sin florituras.

Después de todo, el tiempo era dinero.

En realidad, él no podía ni imaginar para qué podía haber ido a verlo. Se sentó en la silla y esperó a que entrara, preparado para despacharla en cuanto terminara.

Sophie se sintió aliviada de no tener que esperar. Cuanto menos tiempo tuviera para pensar en lo que tenía que decir, menos posibilidades de que sus nervios la traicionaran.

Lo cierto era que tenía la capacidad de manejar todo lo que la vida le pusiera por delante. Tenía veintinueve años y, desde los quince, cuando su padre falleció, ella se había hecho cargo de la casa y de su hermana cinco años menor. Su madre se había sumido en una depresión y apenas era capaz de cuidar de sí misma.

El presupuesto familiar era escaso y ella había tenido que aprender a gestionarlo con eficiencia. Había estudiado mucho, se había asegurado de que Addy no perdiera el rumbo y había cuidado a su madre durante años. Si algo había aprendido había sido a no depender de una única persona de forma que, si la persona desaparecía, todo tu mundo se desmoronara.

Su madre había amado demasiado. Y eso nunca le ocurriría a ella.

Durante los años de escolarización había combinado los estudios con el trabajo para ganar algunos ingresos. Tenían una hipoteca y facturas que pagar y había tenido que hacer malabares para ocuparse de todo. Eso la había hecho madurar a gran velocidad. No había tenido tiempo de disfrutar de la adolescencia. Habían sucedido demasiadas cosas.

Su sueño de estudiar medicina se había desvanecido, pero ella se había contentado con estudiar enfermería y trabajar para Leonard porque su trabajo era mucho más que el de enfermera. Además, estaba muy bien pagado y, por primera vez en su vida, tenía la capacidad de ahorrar, aparte de ayudar a su madre y a su hermana.

Su vida había sido dura, pero había conseguido manejarla.

Alessio Rossi-White, sin embargo, era alguien que no podía manejar. Había algo en él que provocaba que se le erizara el vello de la nuca y que se le acelerara el corazón. Ella lo había visto en muy pocas ocasiones desde que había comenzado a trabajar con su padre dos años antes y, desde ese momento, había hecho lo posible para que sus días libres coincidieran con sus visitas.

Era un hombre frío, arrogante y distante. Siempre iba poco tiempo y daba la sensación de que tenía cosas mejores que hacer. Se intercambiaban la información desde el otro lado de la mesa y él mostraba tan poca calidez que a ella no le extrañaba que su padre le hubiera prohibido que le contara los problemas a su hijo.

Ella se había encargado de los problemas, pero seguía preguntándose si estaría haciendo lo correcto.

Una vez dentro de la casa, Sophie se fijó en la decoración y en las plantas exóticas que estaban situadas de manera estratégica. La mujer que

había tratado de librarse de ella estaba sentada tras un escritorio de madera y Sophie la saludó con una sonrisa mientras se sentaba junto a la ventana.

«Así que este es el aspecto del dinero», pensó. La casa de Leonard era enorme, pero su interior apenas había cambiado con los años y se notaba que no habían invertido en ella. Sin embargo, aquel espacio...

Ella sabía que solo era una de las muchas oficinas que tenía Alessio y que las otras estaban en Roma, Lisboa y Zurich, desde donde se manejaban todos sus negocios.

La guiaron hasta un ascensor de cristal y subió hasta la tercera planta del edificio. Allí, había varios espacios separados con gente trabajando concentrada. Apenas levantaron la vista al verla pasar.

Al final de la sala había algunos despachos privados y en uno de ellos estaba Alessio. Justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta entreabierta, notó un cosquilleo en el vientre que nada tenía que ver con la conversación que estaba a punto de mantener, sino con el hecho de volverlo a ver.

Había pasado algún tiempo. Ella recordó todos los motivos por los que aquel hombre no le gustaba, pero no consiguió quitarse el nudo que se le había formado en el vientre. En ese momento, la secretaria de Alessio le pidió el abrigo y el gorro de lana y ella se los entregó. Respiró hondo, y esperó a que le abriera la puerta. Nada más ver al hombre que estaba esperándola, se le aceleró el corazón.

Alto, de piel bronceada, con barba incipiente y ojos oscuros. Parecía una escultura de mármol. Su pasado italiano estaba reflejado en la perfección de sus rasgos.

Sophie había visto fotos de Isabella Rossi, la madre de Alessio que había fallecido años atrás, y se había impresionado por su belleza. Alessio, su único hijo, había heredado todos sus genes.

Todo lo que había a su alrededor, los muebles, la alfombra de seda sobre el suelo de madera, el sofá de piel color crema que había contra la pared, se desvaneció cuando vio al hombre sentado detrás del enorme escritorio, esperándola con las manos tras la cabeza.

Él la miró con cierta curiosidad, mientras ella permanecía de pie en el centro del gran despacho y la secretaria cerraba la puerta.

Alessio se fijó en sus pantalones grises, en su jersey a juego y la larga chaqueta oscura que llevaba. Tenía el cabello corto y castaño y los

ojos marrones. Al contrario de casi todas las mujeres que conocía, apenas se había maquillado.

Al cabo de unos instantes, Alessio golpeó el escritorio con las palmas de la mano y señaló con la cabeza hacia la silla de cuero negro que tenía delante.

—No hace falta que se quede ahí de pie esperando a la inspiración divina, señorita Court. Siéntese y dígame qué está haciendo aquí. ¿Le apetece un té? ¿Un café? ¿Algo más fuerte?

Él miró el reloj y se puso en pie, dirigiéndose hacia la ventana para mirar al exterior antes de darse la vuelta y sentarse en el borde con las manos en los bolsillos.

—No, gracias —repuso ella, mientras se sentaba y se colocaba un mechón de pelo detrás de las orejas.

—¿Y bien? Podría seguir siendo amable, pero me temo que tengo muchas cosas que hacer...

—Quizá sí que me tomaría un café —añadió Sophie—. He hecho un viaje largo para llegar hasta aquí.

Necesitaba un poco más de amabilidad para poder decir lo que tenía que decir. Miró a su alrededor y comentó:

—No esperaba que trabajara en un lugar como este.

Alessio arqueó las cejas y se acercó de nuevo al escritorio. Se sentó con las piernas estiradas y la miró. Parecía un peligroso depredador.

—¿Qué quiere decir?

Sophie se encogió de hombros y lo miró a los ojos.

—Supongo que esperaba algo más moderno. Acero y cristal.

—Esta parte de mi negocio solo se ocupa de los fondos de cobertura. A mis clientes les gusta la privacidad, y eso es lo que consiguen en este lugar. Me sorprende verla aquí, Sophie, pero supongo que ¿tiene algo que decirme relacionado con mi padre?

Sin dejar de mirarla, presionó un botón y le pidió un café a la secretaria.

—¿O ha venido por otro motivo?

—No.

«¿Qué otro motivo podría tener para venir a visitar a ese hombre?».

—He venido para hablar de su padre... Ojalá pudiera decirle algo diferente, pero Leonard tuvo otro ataque hace un par de semanas.

Ella se fijó en que él se quedaba quieto y entornaba los ojos. Al instante, su expresión era indescifrable, como si se hubiese colocado un escudo protector.

—Eso es imposible.

—¿Qué quiere decir?

—Me habría enterado.

Le llevaron el café, pero Sophie apenas se dio cuenta. Estaba centrada en la mirada de aquellos ojos negros.

Sabía tantas cosas de aquel hombre, gracias a los artículos que su padre había guardado durante años y a las memorias que él le había dictado cada noche, justo antes de la cena. Le gustara o no, ella conocía dónde trabajaba, a qué se dedicaba y la fortuna que había amasado con el tiempo a partir de la herencia que le había dejado su madre.

Sabía que era una especie de genio financiero. Y que era un hombre que jugaba duro. Había visto las fotos que le habían hecho los paparazis, acompañado de diferentes mujeres rubias que sonreían y lo miraban con adoración. Sophie sabía que ninguna de ellas había permanecido a su lado.

Ella se estremeció, preguntándose qué era lo que hacía que las mujeres se sintieran atraídas por él. Sin duda, por muy rico y atractivo que fuera, nadie se sentiría atraído por alguien tan frío como él. El dinero mandaba, pero ¿tanto?

Mirándolo unos instantes, Sophie trató de imaginárselo riendo o llorando, mostrando alguna emoción.

Pensó en Leonard y en los artículos que había guardado sobre su hijo y sintió que se le encogía el corazón, porque Alessio nunca había mostrado ni una pizca de afecto hacia él, nada que ella hubiera podido ver.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿Cómo iba a saberlo si nunca va a visitarlo?

—¿Disculpe?

—La última vez que fue a ver a su padre fue hace más de cinco meses.

—¿Percibo cierto tono de crítica en su comentario, señorita Court?

—Me parece increíble que le sorprenda lo que he venido a contarle. Y más aún que pretenda estar al día de la vida de su padre cuando apenas va por allí.

—¡No puedo creer que esté escuchando esto!

—Solo estoy siendo sincera.

—¿Y me puede recordar cuándo le he pedido que lo fuera? No recuerdo haberla oído hablar más de dos palabras seguidas y, sin embargo, ha decidido venir aquí sin invitación y darme su opinión.

Sophie se sonrojó y lo miró en silencio.

—Entonces, volviendo al asunto que teníamos entre manos — continuó él—. Mi padre ha tenido otro ataque. ¿Cuándo ha sido exactamente y por qué es la primera vez que tengo noticias de ello?

Él la miró y no apartó la vista de ella ni cuando la secretaria entró para recordarle que tenía una reunión en media hora y para dejar una cafetera sobre el escritorio. Él la despidió con un par de palabras y le informó que no lo molestaran hasta que dijera lo contrario.

Al ver que Sophie no contestaba, chasqueó la lengua.

—Usted tiene el deber de cuidar de mi padre —le recordó—, y parte de ese deber consiste en informarme de todo lo relacionado con su salud.

—Él me prohibió hacer tal cosa —contestó Sophie, sintiéndose terriblemente mal al ver la expresión que ponía Alessio.

Ella se había vuelto una mujer dura con el paso de los años, porque no le había quedado más remedio, pero ¿desde cuándo había perdido la capacidad de empatizar? Alessio podía haberse equivocado y no dedicarle tiempo a su padre, pero ¿quién era ella para juzgarlo? Le había hecho un comentario hiriente y, si hubiera podido, habría retirado sus palabras.

Quizá había necesitado ser fuerte para enfrentarse a todo lo que el destino le había ofrecido, pero también había necesitado paciencia, comprensión y amor, y de eso siempre había tenido en abundancia.

Esas habían sido las cualidades que le habían permitido cuidar de su hermana pequeña, y apoyarla en su carrera como actriz. También lo que la había guiado en los momentos más oscuros, cuando su madre había quedado como un alma en pena tras la muerte de su marido.

—Lo siento —comentó—. No debería haber dicho tal cosa.

—¿Porque no es verdad?

—No he tenido nada de tacto y veo que le ha dolido

Alessio se puso tenso. ¿Dolido? Él era incapaz de sentir dolor. Lo había sentido en el pasado, tras la muerte de su madre y por la indiferencia que su padre había mostrado hacia él, después. Librar esas batallas en el pasado lo habían hecho más duro. Miró a la mujer que tenía delante y apretó los labios. Una mujer que se pensaba capaz de herirlo con un comentario.

Tenía la sensación de que era la primera vez que veía a Sophie Court, porque ella siempre se había mostrado callada como un ratón, con la cabeza agachada y respondiendo en voz baja. Nada que ver con la mujer que tenía delante.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba descubriendo lo que era estar en presencia de lo inesperado. Quizá fuera vestida como una solterona, pero no se comportaba como tal. Alessio entornó los ojos y la miró... Fijándose en ella de verdad.

Alta, delgada, con la tez pálida como el alabastro y unos ojos marrones que expresaban contención.

¿Por qué se contenía? ¿Y cómo era posible que alguien de veintitantos años quisiera trabajar cuidando a un hombre viejo y cascarrabias?

—No se preocupe por mis sentimientos, señorita Court —dijo él, con exagerada educación—. Siempre he sido capaz de manejarlos solo. Entonces, ¿mi padre no quería que me enterara de que le había dado otro ataque? Es un hombre orgulloso y le gusta pensar que es infalible. Tristemente, no lo es. ¿Qué ha dicho el médico?

Decidió no decirle que ella debería haberlo llamado inmediatamente, sino que además debería haberse asegurado de que él médico le hubiera informado de su evolución.

—¿Y bien? —insistió al ver que ella no contestaba—. ¿Está en una situación crítica? —preguntó, pasándose la mano por el cabello.

—Estuvo dos noches en el hospital. Ya ha vuelto a casa.

Alessio suspiró aliviado.

—Entonces, ¿por qué tanta reticencia? Debe saber que, la última vez que mi padre sufrió un ataque, rechazó mi oferta de ir a Glenn House, así que, como verá su orgullo tiene prioridad sobre todo lo demás.

Mirándolo, Sophie se sorprendió por la amargura que denotaba su tono de voz. ¿Sería consciente de ello?

—El médico dijo que el ataque podría haber sido consecuencia del estrés.

—¿Y por qué podría estar estresado mi padre? —preguntó Alessio, asombrado.

—Ha estado preocupado por la situación financiera.

—Me habría enterado si fuese verdad. No hablamos mucho, pero si tratamos ese tema. Me habría dicho algo. No. Debe estar equivocada —suspiró—. Este no es el lugar para mantener este tipo de conversación.

—No importa dónde estemos —dijo Sophie—. Le diré lo que he venido a decirle y me marcharé.

—Son casi las seis y media. ¿Ha comido algo en todo el día? ¿A qué hora ha salido de Harrogate?

Alessio caminaba a la vez que hablaba y Sophie observó cómo se ponía la chaqueta antes de abrir la puerta de un armario para sacar un abrigo.

—Conozco una vinoteca no muy lejos de aquí. Podemos ir allí. Creo que necesitaré beber algo para este tipo de conversación.

—¿Y su trabajo? ¿Sus reuniones?

¿Quería seguir hablando en una vinoteca? No le gustaba la idea. Incluso se sentía un poco asustada, aunque no supiera por qué.

—El jefe soy yo —dijo él con naturalidad, acercándose a ella—. Si quiero cancelar las reuniones, las cancelo. Ser un magnate de los negocios tiene ciertas ventajas —contestó sin dejar de mirarla.

Ella se puso en pie y recogió su bolso con nerviosismo. Había ido allí con un discurso preparado y, de algún modo, la habían convencido para hacer algo que no estaba en sus planes.

En ningún momento había imaginado que acabaría en un Bentley con chófer, mirando a los peatones desde la ventanilla, para dirigirse hasta una vinoteca con sofás de piel y suelo de madera.

Durante todo el trayecto, Alessio había estado hablando por teléfono, a veces en distintos idiomas, para asegurarse de que el trabajo salía adelante a pesar de que no estuviera en la oficina.

Sophie había tenido tiempo de ordenar sus pensamientos y recordar que aquella debía ser una conversación de negocios. Nada que no pudiera manejar.

«Puedes hacerlo y, antes de que te des cuenta, será otro día».

Era el mantra que se había repetido durante años, mientras la adolescencia se escapaba entre sus dedos, perdida en el intento de madurar demasiado deprisa.

Lo repitió mientras permaneció sentada en el borde del sofá de piel pero, cuando él se inclinó hacia ella sobre la mesilla de cristal que los separaba, se puso tensa.

—Bueno, señorita Court, aquí estamos. Ha llegado el momento de que me cuente todo lo que ha pasado con mi padre. Tiene toda mi atención...

## Capítulo 2

**D**ESDE tan cerca, Alessio se fijó en que ella tenía unos ojos almendrados de color marrón y largas pestañas que resaltaban sobre su piel clara. Se fijó en su vestimenta. Estaba tan acostumbrado a las mujeres que querían resaltar su silueta, que el hecho de que aquella mujer quisiera disimular lo que había bajo su ropa le generaba curiosidad.

Momentáneamente.

—¿Y bien? —preguntó—. Ha decidido que soy el malo de la película, así que al menos podría decirme por qué. Me ha contado que el motivo por el que mi padre ha sufrido un ataque podría ser el estrés, y ha insinuado que ha tenido problemas económicos. Problemas que yo desconozco porque, por supuesto, soy el hijo al que no le importa nada. Me parece que necesito un poco más de información, ¿no cree?

Un camarero se acercó a la mesa y Alessio se echó hacia atrás. En lugar de mirar la carta, pidió unas tapas variadas y una botella de Chablis. En ningún momento, dejó de mirar a Sophie.

—¿O es que tiene más críticas sobre mí guardadas en la manga y quiere decírmelas antes de ir al grano y ofrecerme alguna prueba de lo que me está diciendo? Por favor, no permita que los buenos modales interfieran con la verdad —le pidió mientras ella se mordía el labio inferior con nerviosismo.

Sophie se sintió tentada a decirle que sí, que tenía más críticas guardadas en la manga, pero simplemente contestó:

—Las dos cosas son correctas —dijo ella—. La enfermedad de su padre y el hecho de que tiene problemas económicos. No quería que se enterara de ninguna de las dos cosas, pero yo decidí que debía decírselo cuando el gestor del banco vino a la casa mientras él estaba en el hospital y me contó que la mayor parte de las acciones de la empresa están en número rojos. No conozco los detalles con exactitud, pero entiendo que hace unos

años pidió un préstamo avalado por la empresa y que ahora tiene que devolverlo. Claro que no hay posibilidad de hacerlo porque la empresa lleva años perdiendo dinero. Creo que el señor Ellis habría contactado con usted, pero recibió instrucciones estrictas acerca de que los asuntos económicos debían mantenerse en privado y no podía pedirle que interviniera bajo ninguna circunstancia. Creo que el único motivo por el que habló conmigo fue porque sentía que no tenía más elección.

—¿Sentía que no tenía más elección? No puedo creer que esté oyendo esto —murmuró Alessio—. ¿Qué diablos ha estado haciendo ese viejo idiota a mis espaldas?

—No diga eso —repuso Sophie—. Es orgulloso. Muchas personas de su edad lo son. Le admira mucho y no quiere que descubra que ha cometido errores y... No sé... que confió en personas para que hicieran un trabajo que no hicieron...

Alessio soltó una carcajada.

—Le sugiero que se atenga al guion, señorita Court, y que no haga comentarios personales que no tienen parecido alguno con la realidad. Es extraño que Ellis no viniera a hablar conmigo primero.

—Supongo que la confidencialidad...

—Sin embargo, usted ha venido a pesar de que mi padre le ha prohibido que contactara conmigo.

—Me importa mucho, y no creo que pudiera sobrevivir a la quiebra de su empresa.

—Necesito todos los detalles acerca del desastre en el que se ha metido mi padre. Y será mejor que Ellis empiece a mirar las ofertas de trabajo porque cuando termine con él se dará cuenta de lo poco que se ha valorado su fidelidad.

—¿Cómo puede ser tan insensible? —preguntó Sophie.

—Si cree que es así como hablo cuando soy insensible, quédese a mi lado y espere a ver cómo hablo cuando pierdo la paciencia de verdad. Estoy siendo práctico. Ellis es un gestor del banco. Está a cargo del dinero. Cuando se trata de la bancarrota, vale todo. El hombre no debería habérselo pensado dos veces y debió venir a hablar conmigo. ¿Quién más podría solucionar los problemas económicos de mi padre? ¿Hadas mágicas con una chequera? Si me hubiese enterado antes de esos problemas económicos, ya estarían solucionados.

El camarero regresó con la comida y, durante un par de segundos, Sophie no se percató de que habían colocado varios platos sobre la mesa, ya que estaba cautivada por la mirada de aquellos ojos. Ese hombre era igual de cautivador como de aterrador.

—No conozco los detalles...

—Sabe suficiente, y supongo que si pensaba que era necesario salir de su escondite para venir a verme aquí, hay posibilidad de que todo sea peor de lo que imagina.

—No estaba escondida.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que la vi mientras yo estaba en casa de mi padre.

—Prefería dejarlos a solas. No era necesario que yo estuviera por allí, dándole la medicación a Leonard y diciéndole lo que podía o no podía comer.

—Se sorprendería si le dijera que habríamos variado el tema de conversación ya que, al parecer, era mucho más superficial de lo que pensaba, teniendo en cuenta que no me contó nada de esto, pero bueno, ya está bien. Lo más importante es que necesita ayuda.

—¿Ayuda?

—A nivel práctico. Alguien que la ayude con la recuperación de mi padre en casa. Sé que es enfermera cualificada, pero puede haber ciertos momentos en los que necesite ayuda para mover a mi padre, ya que puede resultarle difícil a usted sola.

Sophie se sorprendió al ver que enseguida había reparado en dónde podría necesitar ayuda. Él trataba de ser práctico y ella reconocía que era justo lo que necesitaba.

—No, pero gracias por preguntarme —esbozó una sonrisa y empezó a comer—. Se sorprendería al ver lo fuerte que hay que estar para ser enfermera. Hay que levantar al paciente muchas veces, pero estamos formadas sobre cómo hacerlo de la manera más eficiente y menos dañina.

—¿A qué más se dedica? —preguntó Alessio.

Sophie lo miró sorprendida.

—¿A qué se refiere?

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve —dijo ella.

—Tiene veintinueve años y se conforma con trabajar para mi padre a jornada completa. Seguramente él no necesitaba ayuda las veinticuatro horas durante todos estos años. Entonces, ¿a qué se dedica? Es joven. ¿No le parece que ese trabajo es poco estimulante?

Sophie se puso tensa. Su voz denotaba curiosidad y eso hacía que fuera más ofensivo.

Veintinueve años y dispuesta a pasar la mayor parte de su tiempo con un hombre mayor. Mayor, pero muy interesante. Además tenía suficiente tiempo libre y podía quedar con sus amigas enfermeras a menudo, reírse con ellas y observar cómo todas ellas iban implicándose en relaciones serias.

Ese era un mundo en el que no se sentía tentada a entrar. Había visto lo que el amor podía hacer. No era como su madre, y esperaba tener más fuerza interior, pero ¿quién sabía? No podía soportar la idea de depender de alguien hasta el punto de colapsar cuando ese alguien desapareciera.

¿Era una manera de ser prudente? ¿O se había acostumbrado a huir asustada? No lo sabía. Quizá algún día tuviera una relación, pero sería con alguien que fuera más como un amigo, alguien que no le gustara tanto como para que su mundo se derrumbara si la relación no funcionara.

¿Estaba contenta de trabajar para un hombre mayor porque así evitaba salir al mundo real y caer en la posibilidad de tener citas? Su último novio había sido un chico simpático, pero habían roto hacía ya varios años. Él quería más de lo que ella podía ofrecerle. ¿Ese sería su destino?

No encontrar el amor verdadero no la asustaba. Encontrarlo y perderlo, sí.

Aun así, aquellos ojos que la miraban con curiosidad le resultaban inquietantes.

—¿Es menos estimulante que trabajar detrás de una pantalla en una oficina? —preguntó ella—. No estoy prisionera en casa de su padre —añadió—. Veo a muchas amigas que también son enfermeras.

—¿Y no echa de menos trabajar como ellas?

—Siempre están estresadas. Trabajan a turnos y no les pagan lo suficiente.

—Usted está extremadamente bien pagada —murmuró Alessio, ladeando la cabeza y apartando el plato a un lado—. ¿El dinero significa

mucho para usted? Además de por su preocupación por mi padre, ¿ha venido aquí a contarme cuál es la situación financiera que tiene porque teme poder perder su trabajo si no hay dinero para pagarle?

—No —repuso, y notó que se sonrojaba.

¿Pero el dinero no era algo esencial? Ella cobraba una pequeña fortuna comparada con sus amigas, y el dinero desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Ayudaba su hermana y a su madre, quien vivía en Somerset después de haber vendido la casa familiar. No obstante, todavía tenían una pequeña hipoteca y alguien tenía que pagarla.

—¿Dónde se aloja? —preguntó él, cambiando de tema de repente.

Sophie pestañeó y lo miró en silencio unos instantes. Después mencionó el nombre de un hotel barato.

—Es todo lo que puedo pagarme —soltó, al ver que él fruncia el ceño.

—No me lo creo. Ya le he dicho que sé cuánto cobra.

—¿Cómo lo sabe?

—Insistí en encargarme de ese tema y en pagar el sueldo. Quería asegurarme de que mi padre no pudiera despedirla en un arrebato.

—No lo sabía...

—¿Por qué iba a saberlo? Me di cuenta de que necesitaría ayuda después de su primer ataque. Él insistió en elegir a la persona adecuada, y yo quise asegurarme de que la persona que consiguiera el trabajo estuviera bien pagada para que no quisiera marcharse. Supongo que mi padre no es la persona más fácil de manejar.

—Es inofensivo —comentó Sophie.

—¿Disculpe?

—No tenía ni idea de que me pagaba usted.

—¿Inofensivo?

—Nos llevamos muy bien, y supongo que por eso sigo trabajando para él. Necesita ayuda con las comidas y la medicación, y hay que asegurarse de que hace ejercicio a diario, pero también necesita compañía. Dejó el trabajo cuando tuvo el ataque y delegó todo en su director ejecutivo. Necesita compañía, aunque nunca lo diría con esas palabras. Y aparte de mis tareas como enfermera, he empezado a ayudarlo a recopilar material para sus memorias... También lo llevo a lugares. Le gusta ir al

club de ajedrez los miércoles, de vez en cuando vienen sus amigos y es muy especial con lo que va a servir de cena...

Al escucharla, Alessio tuvo la sensación de que le estaba hablando de un mundo que no conocía.

¿Desde cuándo el hombre irascible, insoportable y difícil que era su padre podía describirse como inofensivo?

¿Y no era que no le gustaba la gente que jugaba al ajedrez? ¿O a cualquier juego en general?

Alessio recordaba haber ido al despacho de su padre con el tablero de ajedrez bajo el brazo y llamar a la puerta tras la que él se había recluido después de la muerte de su esposa. Alessio tenía diez años, su madre había fallecido apenas unas semanas y él se sentía muy solo en la habitación. No obstante, su padre no jugaba al ajedrez. Eso lo recordaba Alessio muy bien. Y tampoco tenía tiempo para un niño cuyo dormitorio le parecía solitario y a quién se le había partido el corazón.

Alessio había terminado encogiéndose de hombros y marchándose.

—Al menos mi dinero está bien gastado. Y eso hace que me pregunte por qué no puede pagarse un lugar mejor para alojarse, sobre todo cuando podría haberlo cargado a la cuenta de mi padre. ¿O es que temía que él viera su destino y sospechara que había venido a verme? No se preocupe. Se alegrará al oír que su contrato continúa a salvo.

Él pidió la cuenta haciendo un gesto al camarero.

—Si tengo que intervenir en los asuntos de mi padre, tendrá que enterarse de que me ha contado lo que está pasando.

—Lo sé —dijo Sophie—. Puede que usted quiera que continúe, pero es posible que su padre decida que no puede confiar en mí.

—¿Y qué haría usted si eso sucediera?

Sophie se encogió de hombros.

—Haré lo que he hecho siempre. Me las arreglaré.

—¿Hará lo que siempre ha hecho? —murmuró él.

—¿No es lo que todos hacemos?

Alessio la miró fijamente. En un par de horas, su vida había dado un giro completo. Había pasado de no tener apenas implicación con su padre a tener que averiguar qué diablos había sucedido con sus asuntos financieros,

algo que al hombre en cuestión no iba a gustarle. Además, tendría que proteger a aquella mujer, a quien parecía que se le había caído el mundo.

Necesitaba dinero. ¿Por qué? ¿Y qué significaba lo que había dicho acerca de que si perdía el trabajo haría lo que siempre había hecho? Que se las arreglaría... Alessio no tenía ni idea. Y, en realidad, no le importaba. Le parecía un milagro que existiera alguien que considerara a su padre como inofensivo.

Si su padre tenía problemas económicos y de salud, y si era cierto lo que ella le había contado acerca de que el médico había dicho que el estrés había sido el desencadenante del ataque, entonces, Alessio no podía añadir más estrés.

—Me aseguraré de ser discreto. Llegaré al fondo de todo lo que está pasando, pero mi teoría es que ha habido mala gestión. Por lo poco que vi hace diez años sobre los bienes de mi padre, se estaban tratando como si se tratara de un club de caballeros, algo que no funciona en estos tiempos.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

—¿Dejaría de preguntármela si le dijera que no? —preguntó Alessio con frialdad.

—¿Cómo es que nunca se interesó por la empresa de su padre?

La pregunta le sorprendió. Ella lo miraba con curiosidad y él se percató de que estaba en presencia de una mujer que traspasaba todas las fronteras. Le había hecho una pregunta muy personal e intentaba acercarse a él. No estaba tratando de forjar una relación íntima para compartir secretos. Simplemente, sentía curiosidad.

—Mi padre y yo tuvimos una relación difícil. Mi madre murió cuando yo era muy joven. Solo tenía diez años. La situación era difícil. Cuando, a los veintiún años, terminé mi carrera en Oxford, sabía que me abriría camino en el mundo sin la ayuda de mi padre. Por suerte, la fortuna de mi madre permanecía casi intacta cuando ella murió, y yo la heredé. Se puede decir que tuve muchas ventajas a la hora de empezar con mi carrera profesional.

Sophie asintió.

—Es bueno ser independiente —murmuró—. Está bien no depender de nadie para nada.

—Será bienvenida si quiere marcharse del motel y quedarse en mi casa —dijo Alessio, sorprendiéndose a sí mismo.

—Estoy bien —repuso ella, negando con la cabeza—. ¿Puede decirme que va a pasar ahora?

—Llamaré a Ellis a primera hora de la mañana y, no se preocupe, me aseguraré de que no se vea afectada. Pagaré el préstamo y le pediré a mi equipo que examine las cuentas de su empresa de forma detallada. Haré una criba, y pondré a aquellas personas que sé que van a responder y, así, todo volverá a su cauce.

—¿Y todo esto sin que su padre se entere de qué está pasando?

—Nada es imposible.

—¿Y cómo puede conseguir todo eso si no habla con su padre, señor Rossi-White?

—Creo que, dadas las circunstancias, podemos dejarnos de formalidades, ¿no crees, Sophie? Puedes llamarme Alessio.

Él hizo una pausa. Con todo el tiempo que ella llevaba trabajando para su padre, él apenas sabía nada acerca de ella.

—Bueno, lo que está claro es que parece que tendré que mantener una conversación con él, ¿no es así?

—Confiemos en que la sorpresa que se va a llevar cuando lo hagas no le provoque otro ataque —dijo ella.

Sus miradas se encontraron y Alessio soltó una carcajada.

—¿Por eso no te caigo bien? Porque crees que soy el responsable de la distancia que hay entre mi padre y yo.

Así, sin más, el ambiente cambió por completo.

Y eso es lo que Sophie pensaba mientras lo miraba, cautivada por la profundidad de sus ojos negros. En su cabeza, una vocecita le indicaba que aquello conllevaba cierto peligro.

Ella ya había sufrido las consecuencias de la pérdida de control en otras ocasiones, y no quería volver a hacerlo. Había temido de verdad por su futuro, por el de su hermana, y se había sumergido en las aguas turbulentas de los servicios sociales, tras la muerte de su padre, cuando su madre se había encerrado en sí misma, sin importarle nada del exterior. Durante meses, había sobrevivido de esa manera. Poco a poco, su madre se fue recuperando y tomando las riendas de su vida otra vez, sin dejar de disculparse por haber permitido que ella se ocupara de todo a pesar de que tan solo era una niña. Para entonces, Sophie ya había crecido y había visto lo que podía sucederle a una persona cuando perdía el control.

¿Realmente aquello conllevaba peligro? Solo era una manera de reaccionar ante un hombre, nada que pudiera tener impacto sobre su vida.

Alessio la afectaba de muchas maneras, y ella tenía que admitir que su manera de mirarla tenía que ver con su reacción. Después de todo, era un hombre muy atractivo y ella era una mujer. ¿Quién no se estremecería en presencia de la perfección física?

—No tengo sentimientos hacia ti de ningún tipo, y tampoco he pensado mucho en ello —repuso con tranquilidad.

—¿Eso es cierto? —preguntó él arqueando las cejas—. Ha habido veces en las que he pensado que me estabas evitando, asegurándote de no estar presente cuando he ido a visitar a mi padre... Quizá es que tengo mucha imaginación... —hizo una pequeña pausa—. Aunque no nos olvidemos de que esta tarde tenías mucho que decir al respecto...

Sophie apretó los labios y no dijo nada. Él se encogió de hombros y añadió.

—No importa. ¿Hemos terminado? ¿Postre? ¿Una copa? ¿No? —pidió la cuenta y la miró—. Puede que te hayas conseguido ocultar cuando he ido de visita, pero a partir de ahora las cosas van a ser diferentes...

—¿A qué te refieres?

—En cuanto empiece a descubrir qué es lo que ha pasado con la empresa de mi padre, tendré que estar por allí para asegurarme de que todo se hace como yo quiero. No veo más elección. Tiene la sede en Harrogate y voy a supervisar lo que sucede allí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Como he dicho, habrá que hacer una criba, y no siempre es fácil. Es algo que no voy a delegar, al menos a cualquiera. Mi padre y yo no hemos convivido desde hace años y puede que despotique porque yo esté allí, viendo lo débil que está, pero es mi padre. Y esta vez pretendo asegurarme de que su orgullo no interfiera en mi presencia.

Puso una mueca.

—Tendrás que avisarle de mi inminente llegada. Como dijiste, la sorpresa de una inesperada visita puede provocarle otro ataque.

—Lo haré. De acuerdo...

—Dile que te llamé para preguntarte cómo estaba porque oí el rumor de que podría tener problemas con la empresa. El mundo de los negocios es pequeño y yo soy muy conocido. Además, mucha gente sabe quién es

mi padre. Puedes decirle que te presioné para que me dijeras la verdad sobre el ataque. Eso se lo creará con facilidad.

—¿Porque piensa que eres un abusón? —preguntó Sophie.

—Como te dije, hemos tenido nuestras diferencias. Él puede ser muy testarudo y, a veces, la única manera de vencer a un testarudo es serlo todavía más. Mi padre puede pensar que es muy duro, pero no ha visto nada todavía. Tengo que acabar unas cosas aquí, pero mañana a primera hora mi equipo empezará a repasar las cuentas de mi padre. Iré allí el sábado, así que, tienes dos días para prepararlo para lo inevitable. Si cree que no puedes hacerlo, llámame... Tienes mi teléfono. Ya se me ocurrirá algo para librarte de esa tarea. Podrás comprobar que el hombre inofensivo puede convertirse en un león agresivo si cree que no has hecho lo que él te ha pedido.

Sophie lo miró a los ojos.

—Puede que decirle a tu padre que te he contado sus problemas de salud no sea tarea agradable, pero no has de preocuparte porque no voy a salir corriendo. Créeme, me he enfrentado a numerosas tareas desagradables.

Ella pestañeó y sonrió.

—Todo saldrá bien. Estoy segura de que, en el fondo, él se alegrará de verte.

Alessio la miró unos segundos mientras asimilaba lo que ella había dicho. Estaba seguro de que su padre no se alegraría al verlo llegar con una maleta llena de cosas, pero en realidad, lo que más le inquietaba era el comentario que Sophie había hecho acerca de haber realizado numerosas tareas desagradables. ¿Se referiría a su trabajo como enfermera? Sin duda, ese trabajo la habría llevado a realizar tareas poco agradables... Sin embargo, él tenía la sensación de que se había referido a algo más personal.

Alessio no podía evitar sentir curiosidad por la mujer que estaba sentada frente a él, y que aparentaba estar calmada, sin embargo, bajo la superficie se notaba cierta agitación...

Agitación y pasión. ¿No solían ir de la mano?

Alessio la miró de nuevo. Estaba acostumbrado a que las mujeres no le ocultaran nada. Se abrían ante él. Querían que sintiera curiosidad por ellas, que él deseara conocerlas. Eran especialistas en utilizar sus artimañas

de mujer para conseguir lo que querían. Coqueteaban para mantener su atención. Aquella mujer, sin embargo...

Había pasado mucho tiempo en la sombra, sin estar presente, tanto que él nunca se había fijado en la suavidad de su piel ni en la mirada inteligente y atractiva de sus ojos marrones.

—En cualquier caso —dijo él—, sabes dónde encontrarme. Tienes mi número de teléfono personal, el que te di hace tiempo en caso de emergencia. Llámame.

Alessio pagó la cuenta y se puso en pie. Ella hizo lo mismo y él la miró de arriba abajo.

Era una mujer muy delgada. Alta y esbelta. Eso era lo que él podía imaginar bajo la ropa aburrída que llevaba. Sus zapatos no tenían tacón y apenas era más bajita que él. Alessio solía salir con mujeres rubias y voluptuosas, así que sería un cambio para él estar con una mujer que estuviera casi a nivel de sus ojos.

Rápidamente tuvo que recordar que aquella no era una cita y que no estaba saliendo con aquella mujer.

—¿Cómo vas a regresar al motel? —preguntó Alessio.

—Es un hotel —le corrigió Sophie, mientras se ponían el abrigo—. Los moteles son lo que salen en las películas de terror. Alessio sonrió.

—¿Tienes sentido del humor? Eso me gusta. Es un aspecto tuyo que no conocía... Siéntete libre para usarlo cuando quieras mientras yo esté presente. Sophie se quedó sin palabras y se sonrojó.

Antes de que se le ocurriera una respuesta adecuada él continuó hablando.

—Probablemente estaré allí una semana, dependiendo de cómo vayan las cosas. Tendrás que dejar al margen los problemas que tengas conmigo.

—No tengo problemas contigo.

—Los tengas o no es irrelevante —repuso Alessio—. En estos momentos, lo importante es que mi padre se recupere y solucionar sus problemas económicos. Cuando terminemos con eso, la vida volverá a la normalidad y tú podrás... —arqueó las cejas y la miró—. Podrás volver a esconderte de mí cuando vaya. Entretanto, por el bien de mi padre, finjamos que todo va como debería ir entre nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió ella.

## *Capítulo 3*

**L**LEGAS tarde.

No era eso lo que Sophie pretendía decir, sino: «Llegas un poco más tarde de lo esperado y tu padre se ha ido a la cama. Últimamente se cansa con facilidad».

Por desgracia, había tenido una hora y media para pensar y cuando sonó el timbre de la puerta, estaba nerviosa. Llevaba nerviosa desde su viaje a Londres.

No estaba preparada para encontrarse en persona con Alessio. Sí, lo había visto antes, cuando él había ido de visita, pero esos días le había resultado fácil escabullirse después de saludarlo. Tal y como él le había comentado cuando ella había ido a visitarlo.

Sin embargo, estar tan cerca de él, y hablar de temas personales, había provocado que se pusiera nerviosa. Él era mucho más atractivo de lo que ella había pensado. Mucho más sorprendente. Mucho más aterrador.

Sus fabulosos ojos negros la habían cautivado. Su voz aterciopelada había provocado que se le derritiera el cerebro y que sintiera calor en su interior. Ella solía ser una mujer calmada, fría y tranquila. Había aprendido desde muy pequeña a que el sentido común superaba a las emociones cuando había que solucionar algo, y todos esos aprendizajes habían permanecido con ella. Así que, le resultaba sorprendente descubrir que toda su tranquila personalidad podía transformarse a causa de un hombre al que había conseguido evitar durante más de dos años.

Más llamativo era la manera en que se le había acelerado el corazón en su presencia, y cómo su mente le había jugado malas pasadas, presentándole a Alessio como un hombre y no como algo molesto con lo que ella se veía obligada a tratar.

No había espacio en su vida para tanta tontería. En serio, Sophie no tenía tiempo para fantasear. Sus años adolescentes estaban marcados por el

deber y la responsabilidad. Mientras sus amigas habían estado coqueteando, ella había estado centrada en el cuidado de su madre.

No obstante, nunca le había molestado.

Pero el encuentro con Alessio había provocado que se pusiera nerviosa y, a medida que se acercaba su visita cada vez se sentía peor.

—¡Al menos podía haber tenido la decencia de haber sido puntual si viene a darme un sermón sobre mis problemas económicos! —había dicho Leonard mientras se dirigía a su habitación en la silla salva escaleras que habían instalado hacía dos años.

—El tráfico... —murmuro Sophie para tranquilizarlo.

—¡Sí, claro! ¡El tráfico!

Ella no prolongó la conversación para no meterse en terreno peligroso. Era importante que Leonard se estresara lo menos posible y el hombre llevaba con el alma en vilo desde que le había dicho que Alessio iría a hablar sobre su situación económica.

Sophie había tratado el tema con mucha delicadeza y sentía que Leonard podía sentirse algo aliviado tras haber sacado el tema a la luz.

Una vez que había ayudado a Leonard a acostarse, le había dado la medicación y una bebida caliente, Sophie tuvo tiempo de sobra para pensar.

Y una vez en presencia de Alessio, se fijó que a pesar de la oscuridad y el aire frío que había alborotado sus cabellos, el hombre seguía teniendo un aspecto tremendamente sexy.

Vestía un abrigo beige de cachemir y una bufanda negra, vaqueros oscuros y algún tipo de sudadera oscura.

—Solo son las nueve y media pasadas —comentó Alessio mientras se quitaba el abrigo y ella cerraba la puerta—. No sabía que aquí se apagaban las luces al atardecer.

Sophie se cruzó de brazos. Estaba tensa y se sentía frustrada por cómo estaba reaccionando ante él.

—Tu padre se acuesta temprano.

—¿A qué hora?

—Sobre las ocho ya está cansado.

—He hablado con su médico y me ha hecho un resumen de todo su estado de salud —comentó Alessio, dirigiéndose hacia la cocina.

Sophie lo siguió.

La casa era enorme. Pasaron varias habitaciones que nadie utilizaba y que estaban decoradas con un estilo que ya estaba pasado de moda.

La cocina, que se había convertido en el centro del hogar desde que Leonard tuvo el ataque, era un lugar cálido y acogedor. En un extremo había unos sofás, junto a las puertas que daban a los jardines traseros.

—Tenías razón —convino Alessio—, cuanto menos se estrese, mejor. Y para que lo sepas, tenía que zanjar algunos asuntos y por eso he llegado tarde —la miró y se metió las manos en los bolsillos—. No hacía falta que me esperaras despierta. Tengo llave de la casa, aunque no siempre la utilizo.

—Yo... Siempre estoy despierta a esta hora, señor... digo... Alessio. Solo estaba disgustada porque a su padre...

—¿Le ha dado pena no verme? No me lo creo —arqueó las cejas—. Ahora, no he comido nada desde esta mañana... —miró a su alrededor en la cocina—. Si te quedas por aquí mientras me preparo algo de comer, podemos hablar sobre cómo organizar la semana.

Sophie no dijo nada. Era evidente que él esperaba que aceptara su plan.

Alessio comenzó a rebuscar en la nevera.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Sophie con educación.

Él la miró unos instantes.

—Algo interesante que pueda meterse entre dos rebanadas de pan.

Sophie chasqueó la lengua con impaciencia y se dirigió a los armarios. Hizo un gesto para que Alessio se sentara y dijo:

—Te prepararé algo. Si hubieses llegado a la hora, podrías haber cenado lo mismo que nosotros.

—¿Dónde has guardado las sobras?

—En la basura. Instrucciones de tu padre.

Alessio soltó una carcajada.

—Sí. Eso me cuadra. Dime... ¿Cuál fue su respuesta cuando le dijiste que me había enterado de que tenía problemas con el negocio? ¿Le dijiste que había contactado contigo para pedirte información en vez de preguntarle a él directamente? ¿O el hecho de que la comida haya terminado en la basura lo dice todo?

—Estaba disgustado —Sophie empezó a hacer un ragú de tomates y verduras. Era buena cocinera—. Sin embargo, creo que su enfado ocultaba un gran alivio. Lleva cargando ese peso sobre los hombros en soledad, y no es algo sencillo.

—No... —Alessio se sentó en la mesa de la cocina y estiró las piernas—. Y mi padre no es conocido por su capacidad para soportar grandes pesos en solitario.

—¿Qué quieres decir?

Alessio la miró en silencio un momento. ¿Leonard? ¿Llevando el peso de los problemas en soledad? Menuda broma.

Respiró hondo al recordar el momento en que le habían contado que su padre iba a casarse e nuevo.

Tres meses después de que su madre hubiera muerto, a él lo enviaron a un colegio interno. Seis meses después, un día lo llamaron a la oficina del director y le dijeron que le daban dos días libres para que pudiera asistir a la boda de su padre.

Alessio recordaba la rabia y el dolor que había sentido tras la noticia.

Su querida madre había fallecido hacía poco tiempo y su padre iba a casarse otra vez. Él era lo bastante mayor como para sacar conclusiones. ¿Habría tenido su padre una aventura con otra mujer todo ese tiempo? Su madre había muerto en un accidente de coche. ¿Estaría tratando de huir? Él siempre había pensado que estaban enamorados y felizmente casados. Su padre siempre había sido una persona taciturna y su madre un rayo de sol, rebosante de la clásica alegría de vivir de los italianos. Aunque ¿quizá había algunas cosas de las que él no se había dado cuenta?

Sin duda, su padre había cambiado después de la muerte de su esposa y se había vuelto muy reservado y encerrado en sí mismo. ¿Habría sido por un sentimiento de culpa? ¿Por no haber sido capaz de enfrentarse a su hijo y reconocer que había estado tonteando con otra mujer a espaldas de su esposa?

Alessio había regresado a su casa para ver cómo su padre se casaba con una mujer que tenía la mitad de años que él.

La amargura le había formado un nudo en la garganta.

Su padre nunca había llevado el peso de la muerte de su bella esposa. Su vida había avanzado a toda velocidad.

El segundo matrimonio se terminó un año y medio después, tras un largo y costoso divorcio. Algo que nunca se mencionó. Alessio solo recordaba a una mujer rubia, que le encantaban las joyas y la vida de alto nivel, y que había entrado y salido de la vida de su padre en un abrir y cerrar de ojos. Era otra de las cosas que nunca habían mencionado entre ellos.

Y así habían pasado los años en silencio. Hasta ese día.

—No significa nada —dijo él, levantándose para mirar lo que ella estaba preparando en la sartén—. Lo que sea que estás preparando huele muy bien.

Al sentir que él miraba por encima de su hombro, Sophie se puso tensa. Notaba su respiración contra el cuello y quería evitar la sensación.

Ella había hecho una pregunta sencilla y él había cambiado de tema. Era un hombre que marcaba muy bien el límite, y ella se preguntaba por qué. Rápidamente tuvo que recordarse que no era asunto suyo.

—Si quieres siéntate —dijo ella, para tratar de alejarlo—. Yo te llevaré la comida.

—Yo no soy mi padre —murmuró Alessio—. Soy capaz de sacarme un plato, unos cubiertos, y servirme la comida.

Sophie se apoyó en la encimera y preguntó:

—¿Y puedes cocinar la comida que irá en el plato?

Sus miradas se encontraron y ella se sonrojó.

Alessio soltó una carcajada. La miró durante unos segundos y se sentó, gesticulando hacia la silla que había en el otro lado para que ella se sentara.

—No, no puedo —repuso él, y se sirvió la salsa de tomate sobre la pasta que ella había preparado—. ¿Para qué voy a evitar que un cocinero decente se gane bien la vida?

—¿Nunca cocinas nada para ti?

Sophie se sentó. Frente a ella había una taza de té tibio que estaba bebiendo antes. Sirvió un par de vasos de agua y cuando él le preguntó si no había vino, le sirvió un vaso.

—Nunca bebo a solas —dijo Alessio.

—Yo no bebo mientras trabajo...

—No estás trabajando ahora.

«Tengo la sensación de que sí», pensó Sophie. O algo más. Había algo que hacía que se le acelerara el corazón... Algo que la ponía nerviosa.

Pero no iba a permitir que él se diera cuenta.

Por un lado, era la mujer que cuidaba a su padre y, al margen de los problemas que Alessio tuviera con él, era importante dar la impresión de ser una mujer capaz y profesional. ¿Cómo iba a confiar Alessio en su capacidad si se ponía nerviosa cuando estaba con él?

Se sirvió un poco de vino y bebió un sorbo.

—Entonces, ¿comes fuera todo el tiempo?

—Pareces sorprendida.

—¿No es un poco aburrido?

—Tengo un cocinero personal que cocina para mí cuando estoy en casa.

—Estás muy mimado.

—Cuanto más estoy contigo más me sorprendes.

—Por favor, no me preguntes dónde me he escondido —dijo Sophie, percatándose de que casi se había terminado el vino—. Hago un trabajo. No estaría aquí si no fuera por lo que ha pasado con tu padre.

—Estaba buenísimo —dijo Alessio, empujando el plato vacío a un lado antes de rellenar las copas.

Y tras ese sencillo gesto, Sophie se percató de que él tenía el control. Empezaba las conversaciones cuando quería. Pasaba por alto los temas que no quería compartir. Y era descarado cuando se trataba de averiguar lo que motivaba a otras personas.

Ella había visto todos los artículos que su padre había guardado durante los años. Leonard había impreso los más importantes y los tenía archivados.

En cada artículo se halagaba al hombre que gobernaba en el mundo de las finanzas. Todas las columnas iban acompañadas de fotos del él haciendo algo importante, y con una mujer muy bella agarrada a su brazo.

No obstante, nunca había nada que indicara qué tipo de hombre era en realidad. Sus pensamientos privados y opiniones sobre temas que no fueran los negocios, no aparecían por ningún sitio.

Sophie no quería gastar energía pensando en el hombre, porque ambos estaban allí para realizar un trabajo. Ignoró el cumplido sobre la

comida y lo miró hasta que él sonrió... Con una sonrisa que parecía indicar que sabía todo lo que ella había estado pensando.

Era desconcertante.

—¿Has conseguido que tus contables revisen las cuentas?

—Han empezado —dijo Alessio—. Las finanzas de mi padre se vieron diezmadas después de su divorcio, pero desde entonces ha tenido la clásica serie de inversiones mal hechas, el uso de vieja tecnología y demasiados gerifaltes en puestos claves que no han tomado las valientes decisiones que debían. Una empresa dirigida como si fuera un club de caballeros siempre está abocada al fracaso, porque en estos tiempos no hay espacio para empresas así. ¿Has conocido a alguno de los colegas de negocios de mi padre?

—A algunos —admitió Sophie.

—¿Y qué te han parecido?

—Parecían encantadores, aunque un poco anticuados.

—Correcto. Y el encanto a la antigua tiene su sitio, pero no es el agresivo mundo de hacer dinero.

—Leonard no es un mocoso de veintiún años —dijo Sophie—. Es un hombre mayor con problemas de salud.

—Entonces debería haberme llamado en cuanto descubrió el lio en el que estaba metida su empresa.

—Está impresionado contigo.

Alessio la miró con incredulidad y soltó una carcajada.

—Creo que te has pasado un poco al elegir esas palabras. Mi padre nunca se ha impresionado con nada de lo que yo haya hecho.

Alessio se puso en pie y llevó el plato al fregadero, pero no lo fregó ni lo metió en el lavavajillas.

Sophie suponía que un hombre con cocinero personal ni siquiera sabría lo que era un lavavajillas.

El ama de llaves ya no trabajaba allí, y Sophie había tenido que recoger la cocina desde entonces. No le importaba, pero ¿por qué tenía que recoger la cocina para Alessio si él era perfectamente capaz de hacerlo? No le pagaban por limpiar ni cocinar, pero lo hacía porque quería a Leonard y porque sabía que no podía pagar a alguien para que hiciera ese trabajo para él, sin embargo, ¿para Alessio...?

Sophie llevó los platos a la encimera, abrió el lavavajillas y se dirigió a él:

—Puedes meter los platos, mientras yo recojo el resto —le dijo—. Si no, cuando bajemos por la mañana parecerá que ha caído una bomba.

—¿Que meta los platos en el lavavajillas?

—Es fácil —repuso Sophie—. La mayoría de la gente no necesita ser licenciado en ingeniería para hacerlo.

—Me estás regañando —murmuró Alessio—. ¿Todo porque te parece mal que no sea capaz de cocinar?

—No te estoy regañando, y no me importa si sabes cocinar o no.

La intensidad de la mirada de sus ojos oscuros la hizo estremecer, pero ella permaneció quieta, mirándolo, y preguntándose cómo era posible que un hombre fuera tan atractivo como aquel. No debería estar permitido.

—¿No?

—No. Te estoy pidiendo ayuda porque no hay nadie para hacer las tareas del hogar y así me ayudarías.

—¿Qué ha pasado con el ama de llaves?

—Por si no te has dado cuenta, lleva ocho meses sin venir —comentó Sophie mientras limpiaba la encimera y guardaba algunas cosas en el armario.

—No me he dado cuenta —dijo Alessio, apoyándose sobre la encimera. Se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido—. ¿Has estado limpiando tú?

—¿Quién iba a hacerlo si no?

—No te han aumentado el sueldo por ello. Me habría enterado.

—No importa —suspiró Sophie, mientras pensaba en su infancia—. Créeme, estoy acostumbrada a hacer todo esto.

Puesto que parecía que Alessio se había olvidado del lavavajillas y había abierto la nevera para sacar una botella de agua mineral, Sophie metió los platos y preparó café.

—Ibas a contarme cómo sucederán las cosas estos días —comentó ella, una vez sentados de nuevo en la cocina—. Sería buena idea, así podré organizarme los días.

—Para ti no cambiará nada —dijo Alessio—. Excepto que quizá te percastes de que mi padre está de peor humor mientras estoy aquí. Aparte de eso, harás lo que haces normalmente —miró a su alrededor—. Y olvídate de recoger la casa. Me aseguraré de contratar a alguien para que no tengas que hacerlo.

—No hace falta.

—Confía cuando te digo que nunca hago nada porque siento que tengo que hacerlo —dijo Alessio—. Lo solucionaré. ¿Y respecto a mí? No te darás cuenta de que estoy por aquí.

El día siguiente, fue exactamente así durante diez horas. Según le comentó Leonard a Sophie mientras desayunaban, Alessio se había marchado a la oficina, a pesar de que era domingo y no habría nadie por allí.

—Probablemente ha ido a poner unos cuantos explosivos bajo los escritorios —dijo él, continuando con la cantinela que había comenzado en cuanto ella entró en su habitación esa mañana.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó ella.

—¡Ya lo has conocido! Ahora que se ha puesto a ello no abandonará hasta que haya despedido a todos mis directores ejecutivos. Allí estará, revisando todos los archivos y buscando todos los detalles sobre quién sabe qué.

A Sophie se le daba muy bien calmar las aguas turbulentas y estaba acostumbrada a las críticas de Leonard sobre la gente joven o sobre cómo la tecnología había dominado la vida de la gente.

Permitió que él se explayara y se calmara y después hablaron sobre Alessio unos instantes, con tan solo un puñado de comentarios en su contra.

El domingo se suponía que era para relajarse. Debería haber sido uno de sus días libre, pero Sophie casi nunca se lo tomaba libre porque sabía que era el día más solitario para Leonard. Un día que se le hacía muy largo y en el que no tenía nada que hacer.

Hacía un día feo y frío, pero ella lo llevó a comer a una de sus casas favoritas del National Trust, allí pasaban un rato paseando por los jardines con la silla de ruedas. Una ayuda que solo utilizaban cuando tenían que caminar largas distancias.

—Tu hijo mencionó algo acerca de contratar a otra ama de llaves — dijo Sophie, durante el trayecto de regreso a casa, mientras los limpiaparabrisas no daban abasto para retirar el agua.

—¿Le has dicho que Edith se ha marchado?

Sophie suspiró y miró a Leonard, quien a su vez la miraba con el ceño fruncido.

—¿No crees que se habría dado cuenta ahora que va a pasar unos días en la casa? A no ser que esté más ciego que un murciélago se dará cuenta de que nadie sirve la cena o recoge los platos.

—Hmm...

—Eres un viejo malhumorado, Leonard White.

—Y tú deberías tener más paciencia que una santa, señorita Court, ¡y no ir por ahí contando historias! Supongo que sí, que se habría dado cuenta tarde o temprano —admitió—. Solo una cosa más para la lista.

—¿Qué lista?

Habían llegado a la casa y, después de aparcar, ella lo miró y vio que estaba muy serio.

—Nada.

Leonard comenzó a abrir la puerta del coche y Sophie se apresuró a ir a su lado para abrir el paraguas y ayudarlo a salir.

—No me digas que nada —repuso ella mientras avanzaban hacia la puerta—. ¿Qué querías decir?

—Me refería a otra cosa más que he hecho mal —murmuró él, mientras ella lo ayudaba a quitarse la ropa impermeable y la colgaba en el perchero de la entrada.

Después, se dirigieron a la cochina donde el fogón estaba encendido y mantenía caliente la habitación.

Era más tarde de lo que pensaba, así que Sophie preparó una tetera y comenzó a hacer unos huevos revueltos para la cena de Leonard. Más tarde se retiraron al salón contiguo a su habitación y permanecieron allí como una hora mientras Sophie repasaba parte de las memorias que estaban preparando. Aunque al ritmo que avanzaban, Leonard tendría doscientos años antes de que hubieran terminado.

Sophie adoraba a Leonard y le gustaría ahondar más en el comentario que él había hecho, pero, al pensar en Alessio y en el efecto que tenía sobre ella, se preguntó hasta dónde permitiría que llegara su curiosidad.

Ya no estaban solo Leonard y ella. Con Alessio en la casa, todo era diferente y algo en su interior le advertía a Sophie que no se dejara llevar y se implicara demasiado. Lo que ocurriera entre padre e hijo no era asunto suyo.

Sin embargo, justo cuando ella iba a marcharse poco después de las ocho, Leonard comentó de repente:

—Nunca me perdonará.

—¿Alessio? —preguntó Sophie, y regresó a la silla que estaba junto a la ventana, donde Leonard se estaba terminando el chocolate caliente que ella le había llevado.

—Me odia.

—¡No es cierto!

—Lo he intentado. No sabía cómo hacerlo. Ahora está aquí y mi mundo se está desmoronando. Es probable que piense que ni siquiera he sido capaz de dirigir mi empresa. ¡Soy un viejo idiota! Se acabaron los lujos. Ni siquiera puedo permitirme tener a alguien que venga a limpiar. Ha tenido que contratar él a una persona.

—Nada de eso es cierto —repuso Sophie asombrada—. Y no debes estresarte. Ya sabes lo que dijo el médico.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, cariño —estiró el brazo y le estrechó la mano—. Alessio estaba despierto al amanecer, tenía mucha energía y parecía ávido por destruir mi empresa.

—Él no va a destruir tu empresa. Va a intentar solucionar lo que está pasando y eso es bueno, Leonard. Si tu hijo te odiara, ¿no crees que se habría escaqueado de la responsabilidad? Si hay algo que puedo decir, es esto, Leonard. Puede que Alessio sea brusco, pero es un hombre justo, y haga lo que haga para solucionar los problemas de la empresa y tus problemas económicos será algo necesario, y lo hará teniendo consideración hacia todas las personas afectadas.

Leonard frunció los labios y masculló algo. Sophie le había dado algo en que pensar, pero quince minutos después, cuando ella se marchó, ya estaba más animado y quejándose de las cosas de siempre.

Una hora y media más tarde, Sophie estaba en la cocina tomando un café cuando apareció Alessio. Ella tuvo que esforzarse para parecer neutral. Él iba vestido con unos pantalones vaqueros y una sudadera, y se frotaba las manos para calentarse.

—Hace un tiempo terrible ahí fuera. Te alegrará saber que no hace falta que cocines nada para mí. Ya he cenado —la miró un momento—. Te habría traído algo, pero imaginé que ya habrías cenado sin mí. Cuéntame qué has hecho hoy.

Alessio sacó una taza y se preparó un café. Sophie lo observó, percatándose de cómo su manera de moverse hacía que tomara posesión del espacio.

—No sabía que irías a la oficina hoy —contestó ella, pensando con tristeza en lo que Leonard le había comentado antes.

—Y yo no sabía que tuviera que darte mi agenda detallada minuto a minuto —dijo Alessio mientras se sentaba a la mesa—. He venido a hacer un trabajo y cómo elija gastar mi tiempo para hacerlo no es asunto tuyo. ¿A menos que tengas una lista de responsabilidades que yo no conozca?

—Solo pensaba que, a lo mejor, te hubiera gustado pasar tiempo con tu padre —dijo Sophie.

—Ya pasé suficiente tiempo con él cuando entré antes de irme a Harrogate —dijo Alessio—. Tengo la impresión de que, al ver que me iba, se sintió aliviado.

—Tiene miedo de que le destruyas la empresa.

—Tiene derecho a tener miedo. Es un desastre. He pasado el día leyendo documentos llenos de cifras y columnas de gastos y beneficios. La mayoría estaban guardados en archivadores de metal, como si el mundo no hubiera cambiado desde entonces. He descubierto que ha habido muchas malas decisiones de inversión y la falta total del deseo de avanzar a la par que el progreso tecnológico. Me temo que habrá que cortar cabezas.

—¿Podrías ser amable cuando hables sobre eso con él?

—Son negocios, Sophie —Alessio la miró muy serio—. No hay mucho que pueda hacer cuando se trata de poner las cartas sobre la mesa.

—Está tan disgustado...

Alessio frunció el ceño.

—A veces, cuando hablas sobre mi padre tengo la sensación de que hablas de alguien a quien no conozco.

—¡Es más blando de lo que crees!

—¿De veras? Tengo ganas de ver esa parte de él, teniendo en cuenta de que nunca se hizo evidente en el pasado.

—¿Ah, sí?

La rabia se apoderó de Sophie al ver que Alessio hablaba con indiferencia. ¿Conocía a su padre? Pensó en los artículos que Leonard guardaba con tanto cariño y en cómo le temblaba la voz cuando le dijo que creía que su hijo lo odiaba.

—Solo tienes un padre.

—Se está sobrepasando de sus funciones, señorita Court.

—No quiero que nada estrese a tu padre. No sería bueno para él.

—Entonces, permite que me ocupe de las cosas a mi manera.

—¡Eres tan frío!

—Creo que eso ya lo has mencionado antes. Deberías tener cuidado al posicionarte en una batalla que no es tuya.

—Solo quiero lo mejor para Leonard, y que piense que lo odias no lo ayudará a mejorar la salud...

## Capítulo 4

**A**LESSIO se quedó paralizado.

¿Era cierto que había oído lo que había oído? ¿Alguna vez alguien había traspasado los límites tanto como acababa de hacer la mujer que tenía delante? Durante unos segundos no fue capaz de decir palabra.

—Lo siento —comentó Sophie—. No debería haber dicho tal cosa. Yo... Sentía tanta frustración. Lo siento.

—Aprecio mucho que quieras lo mejor para mi padre... —Alessio se aclaró la garganta y trató de mantener el autocontrol.

—Es así —dijo Sophie, muy tensa.

Sus miradas se encontraron y Alessio preguntó:

—¿De veras? —continuaba sorprendido por lo que ella había dicho. ¿Su padre pensaba que él lo odiaba? ¿Cómo diablos habían llegado a ese punto?

Durante diez años él había disfrutado de una buena infancia. Por su puesto, su padre siempre se había mostrado bastante distante, mientras que su madre se había caracterizado por la risa y la exuberancia... La que preparaba la cesta e iba a la oficina de su esposo e insistía hasta convencerlo de que los llevara a la playa. Había sido ella la que abrazaba y besaba, la que cantaba en la cocina y ponía música, la que agarraba a su marido y lo giraba entre sus brazos diciéndole que iba a enseñarlo a bailar.

Alessio la adoraba, pero también quería a su padre. ¿Cómo era posible que todo eso hubiera desaparecido con el paso de los años?

Él sabía cómo. Las diferencias entre ellos y los desacuerdos cada vez eran más grandes y terminaron por distanciarlos. Él era demasiado joven para comprender lo que había ocurrido con su padre después del fallecimiento de su esposa y, el hecho de no perdonarlo por haberse casado

otra vez poco tiempo después, había provocado que la amargura se instalara en su persona para siempre.

Por primera vez en la vida, Alessio se sentía incómodo con las elecciones que había tomado y con el camino que había elegido seguir.

Alessio frunció el ceño y miró a Sophie. Su mirada denotaba determinación, sinceridad y arrepentimiento por lo que había dicho. Su cabello, corto y rubio, estaba alborotado con naturalidad. Sus labios, entreabiertos.

Y cuando deslizó la mirada por su cuerpo, notó una inesperada tensión en la entrepierna. De pronto, estaba imaginando algo más que una cuidadora preocupada. Imaginó que la desvestía para abrazar a la mujer ardiente y pasional que había bajo la ropa.

Pensó que no sabía nada acerca de su vida personal. También, que su vida personal no era asunto suyo.

—Resulta muy tranquilizador saber que la persona que está cuidando a mi padre está tan interesada en su bienestar.

—¿Lo bastante interesada como para apoyarlo sin pensar?

—Eso fue lo que te llevó a ir a verme a Londres, ¿no?

—Sí. Aprecio mucho a Leonard.

—¿Y por qué dices que lo has apoyado sin pensar?

—Porque no es asunto mío contarte nada de lo que él debería decirte cara a cara.

—¿Te resulto intimidante? —preguntó Alessio, ladeando la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Como te dije... No me corresponde... Me ha salido así, sin más... No me intimidas... Para nada. ¿Por qué habrías de hacerlo?

—A veces pasa —Alessio se encogió de hombros—. No sé por qué, porque soy la persona menos intimidante que conozco.

Sophie arqueó las cejas.

—Si es así, no debes conocer a mucha gente.

Alessio sonrió y se relajó. Empezaba a pensar que realmente le gustaba mirarla. Y también el hecho de que ella no tratara de adularlo.

Por supuesto, tenía razón. No debía haber dicho lo que había dicho, pero él decidió que era mejor no darle demasiada importancia.

—Entonces... Dejemos a un lado el tema de mi padre y de sus problemas económicos...

—De acuerdo.

—Como dije, me siento inmensamente afortunado por el hecho de que estés verdaderamente interesada en él, pero ¿no tienes otra cosa con la que ocupar tu tiempo? ¿Otras cosas de las que preocuparte? ¿No hay nadie en tu vida a quien le moleste el tiempo que pasas con mi padre?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir, Sophie. Por mucho que me guste el hecho de que estés dedicada a mi padre, no me gustaría pensar que te estás privando de hacer las cosas que deberías hacer o que te apetece hacer.

—No lo hago.

—Sé muy poco de ti, aparte de los detalles acerca de tu currículum como enfermera.

—¿Y eso no es todo lo importante?

Sophie no sabía cómo habían llegado al punto de que él quisiera saber cosas sobre su vida personal, pero quizá tenía sentido. Hasta entonces, ella había permanecido casi invisible, pero eso ya había terminado.

La situación con Leonard implicaba que su hijo se interesara por ella y por el papel que desempeñaba, porque le gustara o no, él era quien le pagaba un sueldo generoso.

Ella no sabía que Alessio era el responsable de pagarle y, siendo así, tenía derecho a saber más detalles sobre su vida.

—Cuando mi padre te contrató me aseguré de que estuvieras cualificada, pero fue él quien eligió a la persona que iba a cuidarlo.

—¿Y ahora qué ha cambiado?

—Cuando aceptaste el trabajo no pensabas que llegaría a complicarse hasta este punto, ¿verdad? Sí, firmaste el contrato para un puesto de muchas horas, pero ¿se suponía que ibas a estar viviendo aquí a tiempo completo desde un principio?

—Menos tiempo del que estoy pasando últimamente.

—Y además está el tema de tener que hacer todas las tareas extra que has hecho sin que te compensaran económicamente. Hacer las tareas domésticas no era parte de tu contrato. Asumo que no es algo que pensaras

que tenías que hacer cuando aceptaste el trabajo, por muy bien pagado que estuviera, ¿no?

—Supongo que no.

—En ese caso, me parece justo decirte que si todo este desastre está afectando de alguna manera a tu vida personal, te compensaré inmediatamente de la manera que sea.

Alessio sabía que estaba tratando de obtener información sin hacer preguntas directas.

—¿Eso significa que tengo que contestarte?

—Significa que quiero asegurarme de que sigues contenta con el trabajo y que las responsabilidades extra no suponen una carga que pueda hacer que te arrepientas. Por ejemplo, yo debería haberme enterado hace tiempo de la situación relativa al ama de llaves.

—Era difícil...

—Lo comprendo. Tenías instrucciones estrictas de mantenerme al margen.

«Porque mi padre cree que lo odio».

Alessio apretó los dientes para contener cualquier emoción, y se concentró en la mujer que tenía delante.

—Nada de todo eso debería haber sido parte de tu trabajo —señaló—, pero comprendo que es difícil separar una cosa de otra cuando uno se involucra a nivel personal.

—Lo he disfrutado —admitió Sophie—. No he estado sufriendo en silencio. Si no hubiese estado bien, habría dicho algo. Quizá a ti no, pero sí a tu padre. No soy una persona que se contenta aguantando aquello que no le gusta.

—Puede ser, pero eso me lleva a mi pregunta original. No quiero que este trabajo interfiera en tu vida social —la miró en silencio un par de segundos—. Es fácil que eso suceda. Me dijiste que tus amigas enfermeras trabajan a turnos, supongo que eso es inevitable.

—Te acostumbras.

—Imagino que adaptarás tu vida social a tu trabajo aquí. No tienes horarios tradicionales, pero ¿y la familia? Y más importante, ¿qué hay de otra persona significativa?

Sophie notó que un intenso calor invadía sus mejillas. ¿Debía interesarle a Alessio si ella tenía a alguien importante en su vida?

¡No!

Aunque si le daba el beneficio de la duda, podía ser que estuviera preocupado por si ella se sentía desbordada por la situación.

Ella le había dicho que no habría aceptado el trabajo si no le hubiesen gustado las condiciones, pero puede que esas condiciones hubieran cambiado con el tiempo...

Quizá, como jefe, solo estaba asegurándose de que su empleada no tenía quejas acerca del puesto que ocupaba. Lo último que necesitaba era que ella decidiera marcharse y dejar el trabajo.

Sin embargo, por mucho que ella intentara encontrar la lógica de aquella conversación, Sophie no pudo evitar sentirse avergonzada por estar sin pareja. ¡Su hermana pequeña había tenido más novios que ella en todos estos años!

Miró a Alessio de reojo y se estremeció. El hombre era puro atractivo sexual. No solo los rasgos de su rostro, su inteligencia, la mirada de sus ojos negros. Su intrigante personalidad.

Ella se habría sentido más cómoda manteniendo aquella conversación con alguien más paternal.

Era consciente de que él estaba esperando una respuesta, así que, se encogió de hombros y dijo con la mayor naturalidad posible:

—En estos momentos no hay nadie importante en mi vida, así que no tienes que preocuparte de que me sienta atrapada por ciertas obligaciones con las que no contaba y tenga que ponerle excusas a un novio y decirle que al final no voy a poder prepararle la cena. Claro que tampoco pensaba preparársela.

—Admito que es un alivio —murmuró Alessio.

—¿Y tú?

—¿Perdona?

—¿Tú? Ahora que estás aquí y es tan importante solucionar los problemas de Leonard, ¿hay alguien que pueda distraerte del asunto?

—¿Me estás preguntando si hay alguna mujer en mi vida?

Alessio ladeó la cabeza y sonrió. Ella se estremeció y deseó no haberle hecho la pregunta.

—Las mujeres pueden ser muy demandantes —murmuró Sophie.

—Estoy de acuerdo.

—Y con los problemas de salud de tu padre... La preocupación...

—¿Quieres asegurarte de que estoy concentrado en este asunto y no siento la necesidad de correr entre Londres y Harrogate porque tengo a una mujer esperándome y exigiendo mi atención exclusiva?

—Por supuesto que nadie espera que dediques tu energía al cien por cien a este tema...

—Me temo que es un trabajo muy serio. No algo en lo que pueda entrar y salir. Después de ver el caos que hay en la empresa, creo que tendré que quedarme más tiempo aparte de la semana que había planeado.

—¿Y cómo diablos vas a poder hacerlo?

La dinámica de la casa había cambiado desde que Alessio estaba allí y a Sophie le inquietaba la idea de que él se quedara allí de forma indefinida. ¿Cómo iba a poder soportarlo? Él provocaba que sintiera cosas que no le gustaban. Hacía que fuera consciente de su sexualidad, algo que había decidido ignorar hasta que tuviera una relación.

Siempre se había mostrado cauta en lo que se refería a tener una posible relación y había decidido concentrarse en el trabajo para ganar dinero y poder afrontar las obligaciones económicas de la familia. Y, además, todo el trabajo que hacía con Leonard hacía que le resultara imposible hacer otra cosa que no fuera centrarse en el trabajo.

No estaba preparada para el efecto que Alessio tenía sobre ella. Era como si su presencia hubiera despertado en ella algo que ni siquiera sabía que existía.

—El mundo de Internet —dijo Alessio—. Te sorprenderías al ver la cantidad de cosas que pueden hacerse a distancia. El problema es que aquí necesitamos entrevistar a personas y hacer preguntas, identificar lo que está podrido de lo que está saneado. Y eso no se puede hacer desde un ordenador, pero, volviendo a la pregunta que me has hecho, no, no hay nadie esperándome en Londres mirando el reloj y preguntándome cuándo vuelvo a casa...

—Por supuesto, siempre podrías traerte a tu pareja aquí —comentó Sophie.

—Aunque estuviera saliendo con alguien no se me ocurriría.

—¿Por qué no? La casa es enorme. Podrías tener vuestra propia zona reservada.

Se moría de curiosidad. Había visto fotos de Alessio acompañado de diferentes mujeres rubias y se preguntaba por qué ninguna se había quedado a su lado. ¿Trabajaba tanto que nunca se planteaba sentar la cabeza?

—No comparto mi espacio con nadie —dijo Alessio.

—De acuerdo —dijo Sophie, un poco sorprendida.

—¿Y tú?

—¿Disculpa?

—Que si compartes tu espacio... —Alessio miró a su alrededor—. Estoy seguro de que a mi padre no le importaría que trajeras a tu pareja a vivir aquí, siempre y cuando no te distrajera de tus obligaciones. ¿O es que no has tenido una pareja con la que distraerte durante los dos últimos años? —sonrió—. Me da la sensación de que vas a empezar a quejarte de este tipo de preguntas, así que la retiro antes de que lo hagas —la miró muy serio—. No obstante, vamos a pasar tiempo juntos, así que, ¿quizá podríamos llegar a algún tipo de acuerdo informal?

—Buena idea.

—Cuéntame cómo pasas el día y a qué hora se va mi padre a la cama —miró el reloj—. Me dijiste que muy temprano. ¿Eso es así todas las noches?

—Últimamente sí. Antes no.

—¿Sus problemas de salud hacen que esté más cansado?

—Y todo lo que tiene en la cabeza también —dijo Sophie—. Es agotador cuando no puedes dejar de pensar en cosas y de preocuparte por los problemas. Puede hacer que te despiertes de noche, y el insomnio puede convertirse en un hábito difícil de superar.

—¿Eso es un hecho...?

Sophie se sonrojó.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó Alessio.

Sus miradas se encontraron.

Sophie sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo era posible que deseara confiar en él?

¿Sería porque era más fácil confiar en un desconocido?

¿O era su enorme atractivo lo que hacía que se sintiera fascinada, atraída y repelida a partes iguales?

Él la miró fijamente y preguntó:

—¿Y bien? Cuéntame...

—Yo... He tenido varios problemas —admitió Sophie—. Mi padre murió cuando yo era joven, y mi madre se derrumbó. Tengo una hermana pequeña, Adelaide. Y durante un tiempo tuve que cuidar de ambas porque mi madre no podía cuidar ni de sí misma. Tuve que encargarme de muchas cosas. Hablar con los trabajadores sociales... Con el ayuntamiento... Maduré rápido y fue una época en la que tuve mucha ansiedad, así que sé lo que es no dormir. Y una vez que se pierde el sueño, es muy difícil recuperarlo.

Ella sonrió, pero Alessio no le devolvió la sonrisa. La miraba con preocupación.

—Aceptaste este trabajo porque estaba muy bien pagado ¿no?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Trabajar en un hospital es muy diferente. Uno está rodeado de gente y pasan muchas cosas. No tiene nada que ver con lo que pasa aquí.

—Me encanta trabajar para tu padre.

—Eso no lo dudo, pero sospecho que el dinero tuvo algo que ver. Si la vida no te ha sido fácil, y tenías que ocuparte de tu madre, imagino que tendrías problemas económicos que te quitaban el sueño.

Sophie se encogió de hombros y asintió.

Era como si la distancia entre ambos se hubiera acortado. ¿Habría acercado su silla? Sus rodillas estaban casi rozándose. Ella bajó la vista y se fijó en sus muslos musculosos.

Pensó en cómo la presencia de Alessio había desbaratado su autocontrol.

Estaba horrorizada. Ella nunca lloraba. ¿Qué sentido tenía llorar por algo que no podía cambiarse? Y el pasado no podía cambiarse.

Se puso en pie y se dirigió al fregadero con la taza. Comenzó a lavarla para tener algo que hacer. Dándole la espalda no era consciente de su presencia, hasta que notó que la sujetaba por los hombros y la giraba para que lo mirara.

—Te he disgustado —dijo él.

—¡No!

—Si hubiese sabido lo que estaba pasando habría venido corriendo, al margen de que mi padre quisiera o no.

—Por supuesto.

—No te voy a pagar para que cargues el estrés de otra persona sobre tu espalda. Aunque estés acostumbrada a hacerlo. ¿Cómo está tu madre ahora? ¿Tu hermana? Imagino que ha pasado tiempo, pero ¿hay algo que pueda hacer para ayudar económicamente?

La amabilidad que mostraba era demasiado.

Superada por haberle contado su historia, Sophie notó que una lágrima rodaba por su mejilla. Intentó liberarse de sus manos, pero él la sujetó con más fuerza.

—Puedes llorar —comentó él.

Ella sonrió, temblorosa.

—¿Es una orden de mi nuevo jefe?

—No soy tu nuevo jefe.

—Tú... Acabas de decir...

—Tú únicamente tienes que hacer lo que te pida mi padre. Y, para que lo sepas, no hace falta que mi padre piense que ha cambiado algo en ese aspecto.

Sophie asintió y respiró hondo.

—¿Tu madre y tu hermana? ¿Hay algo que pueda hacer?

—Gracias, pero está todo bajo control. Gracias al sueldo que recibo aquí —admitió Sophie—. Mi madre está viviendo cerca de la costa, donde se ha hecho amigas y tiene su propia vida. Después de pagar todas las deudas, conseguí terminar con la hipoteca. Y mi hermana... También puedo ayudarla. Es aspirante a actriz.

—¿Una actriz y una enfermera? —murmuró Alessio—. Ya me hago una idea.

Sophie se secó las lágrimas y sonrió con sinceridad. Dio un paso atrás y se alivió al ver que él la soltaba y también daba un paso atrás. El ambiente había cambiado y, cuando se miraron a los ojos, percibieron

cierta tensión que no había antes. Sophie notó que se le aceleraba el corazón y se sintió incapaz de dejar de mirarlo.

Alessio no recordaba cuándo había sido la última vez que una mujer había tenido ese efecto sobre él. Además, la había animado a que le contara cosas personales y, eso sí era algo que nunca hacía. No era un hombre protector y las lágrimas de una mujer solían generarle impaciencia. No porque fuera un hombre duro, sino porque, en su experiencia, cuando veía llorar a una mujer era porque iba a suplicarle que mantuvieran una relación, algo a lo que Alessio siempre se negaba desde un principio.

Él comprendía que Sophie hubiera aprendido a partir de lo que le había sucedido en la infancia y en la adolescencia.

Él también había recibido su propia lección.

El pasado era un lugar al que Alessio se esforzaba para no visitar. ¿Qué sentido tenía? No obstante, estar en la casa donde había crecido y que tenía que salvar, hacía que afloraran recuerdos del pasado.

Recuerdos de tiempos mejores, antes de que falleciera su madre. Antes de que su padre y él se vieran separados por una barrera que se había vuelto demasiado sólida como para traspasar.

Y los recuerdos de su madrastra, una cazafortunas que se había casado con su padre únicamente por su dinero.

A él nunca le había gustado esa mujer y, después del divorcio y del largo proceso mediante el que ella intentó conseguir los máximos beneficios, Alessio aprendió que tenía que tener cuidado en relación al sexo opuesto.

El proceso de divorcio de su padre duró seis años y, durante ese tiempo, la barrera que se había erigido entre ambos se hizo cada vez más grande.

Alessio frunció el ceño y se pasó los dedos por el cabello y, durante un instante, deseó regresar junto a la mujer que tenía delante y que todavía tenía los ojos humedecidos por las lágrimas.

Apretó los dientes y se movió, pero sus pies se negaron a avanzar.

—¿Y qué idea es esa? —preguntó ella.

Alessio respiró hondo.

—Tú eres la hermana mayor, la sensata, la que permite que su hermana pequeña viva su vida mientras te niegas la tuya.

—Puede ser...

—Debe haber sido muy duro.

—Me las arreglé.

—Todo el mundo acaba arreglándoselas —murmuró Alessio, pensando en que él había hecho lo mismo—, pero es bueno superarlo.

Deseaba acariciarla. Cerró los puños para no hacerlo. No obstante, acabó haciendo lo que había prometido no hacer y estiró la mano para acariciarle la mejilla con delicadeza.

Sophie se quedó paralizada. No podía respirar, no podía moverse y apenas podía pensar.

Él la había acariciado. Y la caricia iba cargada de una intensa carga sexual.

¿O había sido su imaginación?

Ella deseó cerrar los ojos y abrazarlo.

Sentir su boca donde la habían rozado sus dedos.

Dio un paso adelante y, cuando lo miró, con los labios separados, vio en sus ojos negros el mismo deseo.

Suspiró y cerró los ojos un instante, mientras él le acariciaba el contorno de la boca e introducía un dedo en su interior. Ella succionó sobre su dedo y él la abrazó.

Su beso era estremecedor.

Ella lo había deseado. Lo había temido.

Sophie nunca había experimentado nada igual. Nunca había imaginado que pudiera sentirse abrumada por experimentar ese intenso deseo hacia alguien.

Lo rodeó por el cuello y notó el roce de sus senos turgentes contra la tela del sujetador.

Fue un instante de completa rendición.

No obstante, no tardó en recuperar el sentido común, y un sentimiento de horror. ¿Había notado algo similar en él? No estaba segura.

Lo miró y se cubrió la boca con la mano.

—Yo...

—Yo también —dijo Alessio, dando un paso atrás—. Esto no ha sucedido —otro paso atrás—. Ha sido un lapsus. Nada más. Mañana tendré muchísimo trabajo y ya no me verás por aquí.

—Bien —dijo Sophie, con tono cortante.

Miró hacia otro lado y cerró los puños para controlar el temblor de sus manos.

Su «lapsus» había sido revelador para ella. Él era muy peligroso, así que no verlo durante un tiempo era justo lo que necesitaba. Y deseaba.

Se volvió de espaldas a él y esperó, y cuando se giró de nuevo, la cocina estaba vacía.

## *Capítulo 5*

**S**OPHIE se dirigió al comedor con nerviosismo. Habían pasado dos días desde que vio a Alessio por última vez y, durante ese tiempo, no había dejado de pensar en él.

Ese beso... Ese momento... era inolvidable.

Estaba grabado en su memoria. Sí, por supuesto que no volvería a pasar, pero tampoco conseguiría olvidarlo.

Él, sin embargo, sí lo olvidaría. Incluso era posible que ya lo hubiera olvidado. Porque era un hombre de mundo y un beso solo era un beso. Y ni siquiera había besado a una mujer por la que se sintiera atraído. Había sido un beso provocado por haber compartido temas personales.

Nada había cambiado. Él seguía siendo el tipo de hombre que ella no aprobaba, por la manera en que trataba a su padre y por su forma de relacionarse con las mujeres. A pesar de su inteligencia y alegre personalidad, no era el tipo de hombre directo y sincero que ella había imaginado a su lado.

Ella quería un hombre que fuera interesante, amable, le dejara espacio y no fuera exigente... Alguien tranquilo con quien se sintiera cómoda. Sin altibajos.

Alessio era un volcán en erupción, y ella no tenía tiempo para eso. Por muy intenso que fuera el deseo de mirar la lava ardiente.

¿Y él? ¿Cuántas veces se había mofado de ella por pasar desapercibida? ¿Qué significaba? Que él la encontraba sosa y poco excitante... La típica chica que permanecía al fondo de la sala observando cómo el resto se divertía y esperando su turno.

Ella sabía qué tipo de mujeres le gustaban a Alessio. Extrovertidas, rubas y sexis.

No obstante, a pesar de todo razonamiento, él permanecía presente en su cabeza.

Y cuando estaba a punto de entrar en el comedor, Sophie notó que se le aceleraba el corazón.

Habían conseguido tantas cosas en dos días.

Ya había un ama de llaves contratada. Leonard se lo había anunciado esa misma mañana.

—Justo cuando ya me había acostumbrado a que estuviéramos los dos solos en casa, ¿qué hace mi hijo? ¡Otra ama de llaves!

Sophie se sintió aliviada por la noticia, y sabía que Leonard también. Era muy quisquilloso y, con el paso de los meses, había insistido en que cerraran muchas de las habitaciones para que no se ensuciaran y no tener que limpiarlas. Él solía recibir a sus amigos en el gran salón, y Edith servía la cena en el comedor. Sin embargo, las reuniones se habían vuelto más pequeñas y se hacían en la cocina, donde Sophie bromeaba con sus amigos y se sentaba con ellos a la mesa.

También habían comenzado con la renovación de la empresa. Eso también se lo había contado Leonard, y había admitido que Alessio no estaba portándose tan mal como pensaba y no había echado a nadie de la empresa.

—No iba a hacer tal cosa —dijo Sophie, sonriendo—. Deberías saberlo. Tú lo admiras. Y nunca habrías admirado a alguien lo suficientemente cruel como para echar a tus amigos y colegas de la empresa.

—Ese chico es despiadado.

Pero Sophie percibía admiración en su tono de voz. Sí, Alessio era despiadado, porque era lo que había que ser para alcanzar el éxito, pero despiadado no significaba ser cruel o injusto, y Alessio no lo era.

—También juega a varias bandas —dijo Leonard.

Sophie se sonrojó.

—Eso parece —murmuró.

—Las mujeres se vuelven locas por él. Ha sacado la belleza de su madre. Isabella era muy guapa. A ver si te va a cautivar, mi chica.

—Eso no sucederá.

—Va a estar aquí un par de semanas, dice...

—Soy inmune a los hombres como tu hijo, Leonard.

—Bien, porque tú eres mi chica, Sophie. No me gustaría verte sufrir por culpa de mi hijo.

Sophie había respondido quitándole importancia, pero se había sentido avergonzada por lo que había dicho Leonard. Al abrir la puerta del comedor, se sintió avergonzada de nuevo.

En la mesa cabían doce personas. En un extremo estaba Alessio y en el otro Leonard. Justo en medio, había un servicio para ella.

Alessio tenía el ordenador a su lado y Leonard tenía una pila de papeles. Ambos estaban concentrados en los documentos.

—Lo siento, pero creo que voy a cenar en la cocina —comentó Sophie con frustración.

Ambos hombres la miraron con el ceño fruncido.

—Esto es ridículo —soltó ella.

—¿Qué pasa, cariño? —Leonard parecía sorprendido.

—¡Esto! ¡Estamos sentados a la mesa como si no nos conociéramos! Vamos a tener que gritar para poder oírnos.

—Eres un poco exagerada, ¿no crees? —comentó Alessio, quien la miraba arqueando las cejas.

—¡No, no lo soy! —miró a Alessio. Si esa era su manera de no estresar a su padre...

Sophie salió del comedor y regresó con el ama de llaves. La mujer, tratando de no sonreír, reorganizó la mesa para que los tres estuvieran sentados en un extremo.

Sophie no tenía ni idea de dónde había sacado ese arranque de valentía. En cualquier caso, una vez erradicada tanta formalidad, con el ordenador cerrado y el papeleo retirado a un lado, disfrutaron de la comida que había preparado Sarah, una joven estudiante que había aceptado el puesto de ama de llaves para poder estudiar sin sentirse presionada por la devolución del crédito.

Hablaron de comida. Leonard se quejó sobre su dieta restrictiva y, tratando de bromear, Alessio preguntó cómo Sophie podía aguantarlo.

—Dice que eres inofensivo —añadió Alessio, mientras les retiraban los platos.

Sophie miró a Alessio y, durante unos segundos, sintió que el suelo se abría a sus pies. Lo único que podía degustar era el sabor y la humedad de su lengua, acariciando el interior de su boca.

—Nos llevamos muy bien —murmuró Leonard—. Es capaz de adivinar lo que pienso.

—En ese caso —dijo Alessio—, quizá tu alma gemela pueda decirme lo que vamos a hacer ahora que he inspeccionado a fondo toda la casa. Necesita mucho trabajo.

—¡No vamos a hacer nada!, es lo que ella va a decir. ¡La casa está perfectamente bien como está!

—Hay grietas en lugares donde no debería haber, y humedades en varias habitaciones.

—¡No vamos a hacer nada! —Leonard golpeó los cubiertos contra la mesa.

—He venido a solucionar cosas —comentó Alessio.

—¡Eso no incluye destrozar mi casa!

—No destrozaré la casa. ¡Estabas preocupado por si irrumpía en la oficina y daba un tirón de orejas a cada empleado! ¿He hecho algo así?

—De haber sabido que ibas a empezar con una campaña de mejoras del hogar no te habría permitido venir a ayudar.

—No tenías elección, papá.

Sophie estaba fascinada por aquella conversación. Eran dos personas con poderosas personalidades en guerra.

—Solucionar los problemas económicos de la empresa no es algo que me guste hacer —murmuró Alessio—. Y poner a punto esta casa, tampoco.

—No lo comprendes, hijo.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—No quiero... Tu madre...

Lanzó la servilleta contra la mesa y se puso en pie tambaleándose. Sophie corrió a su lado.

—Tu madre... Tu madre está aquí conmigo. No quiero que eso cambie. No quiero que nada de eso cambie. Su alma está aquí y no quiero que se vaya.

Leonard agitó las manos y, enseguida, Alessio se acercó a ellos.

Sophie lo miró y él dijo:

—Lo sacaré de aquí.

—Por supuesto —repuso Sophie.

—Pero espérame. Discúlpate con Sarah y dile que el postre tendrá que esperar a mañana.

—Sí, por supuesto.

Ella notó que Leonard le buscaba la mano y se la estrechó. Después, observó cómo Alessio lo ayudaba a salir caminando del comedor.

«Así es como uno se debe sentir en el ojo del huracán», pensó Sophie.

Apenas se percató de que Sarah había entrado en el comedor y tampoco le dijo que no sirviera el postre y que podía irse a casa.

—¿Va todo bien? —preguntó Sarah—. No me importa quedarme más tiempo...

Sophie miró a la joven y sonrió.

—Asegúrate de que te vas en taxi a casa de tus padres, Sarah, y nos vemos mañana.

Ni siquiera eran las siete y media. ¿Debía permanecer sentada a la mesa? Sophie no tenía ni idea de cuánto tiempo podía tardar Alessio, pero no podía permanecer quieta por lo nerviosa que estaba.

Se dirigió a la cocina y comenzó a recoger los platos.

Trabajar en la cocina y guardar los utensilios era relajante, y una hora después, empezó a sentirse más tranquila, justo cuando se percató de que Alessio estaba con ella en la cocina.

¿Cuándo había entrado?

No lo sabía.

Ella se giró y lo vio apoyado en la puerta. Estaba más pálido de lo habitual y tenía las manos enganchadas en la cinturilla del pantalón.

Sophie dejó de llenar el lavavajillas y lo miró con preocupación.

—¿Cómo está?

—Siéntate. Prepararé un café. ¿Sarah se ha ido a casa?

Sophie asintió y se sentó. Alessio entró en la cocina y preparó café instantáneo. Dos tazas. El suyo, café solo. El de ella, con leche y sin azúcar. Él acercó una silla y la colocó bastante cerca de ella.

—¿Y bien?

—He tardado mucho...

—No esperaba que estuvieras abajo en cinco minutos. Leonard estaba muy disgustado. Necesitaba calmarse. Debería haber ido yo...

—No es tu responsabilidad. Lo que pasó fue culpa mía. No pretendía estresar a mi padre y me avergüenzo de haberlo hecho. Era imperdonable, y se lo he dicho cuando lo acompañé arriba —Alessio la miró en silencio unos segundos—. Tengo la sensación de que estás atrapada en medio de algo para lo que no firmaste.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que sabes muy bien de qué estoy hablando —Alessio sonrió un instante—. Mi padre y yo no hemos tenido una relación fácil. Eso ya lo he mencionado antes, pero lo que has presenciado...

¿Compartir confidencias? Eso era un juego que Alessio no jugaba. Había aprendido a compartir únicamente lo necesario. Nunca había hablado con nadie acerca de la relación con su padre. Incluso de joven, cuando se marchó al internado después de fallecer su madre, aprendió a llevar el peso de su tristeza en soledad. Decepcionado por su padre, endureció y aprendió a no confiar en nadie.

Cuando su padre se casó de nuevo, Alessio se cerró a las emociones por completo. Sin embargo, era consciente de que la mujer que tenía delante tenía derecho a conocer la situación en la que se había metido sin querer.

Su padre dependía de ella mucho más de lo que Alessio había sospechado nunca y, al parecer, había muchas cosas acerca de su padre que él desconocía. Los años habían pasado y, con cada uno, el muro que los separaba se iba haciendo cada vez más alto.

—Mencionaste que habíais tenido vuestras diferencias durante años —dijo Sophie—, pero no hace falta que me cuentes nada que no quieras.

—Es muy generoso por tu parte, pero teniendo en cuenta que tienes algo contra mí desde que empezaste a trabajar con mi padre...

—No es cierto. Por supuesto que no he tenido nada contra ti.

—¿No? Puede que no todo el tiempo. Cuando te besé, era evidente que no tenías nada contra mí. Aparte de lo que mostraba tu cuerpo, que parecía dispuesto a llegar a algo más íntimo.

—¡Dijiste que no íbamos a hablar de eso nunca más!

—Pues lo he hecho —murmuró Alessio.

Se movió, enfadado consigo mismo por haber cambiado de tema con tanta facilidad. Aquella era una conversación muy seria y, sin embargo, su cercanía, el aroma a flores que desprendía su cuerpo, su piel suave y la inteligencia que denotaba su mirada...

Todo ello invadía su cabeza, y resultaba muy frustrante.

Sin embargo, al mirarla, no podía evitar pensar en el beso de segundos que habían compartido, pero que lo había vuelto loco.

Deseaba volver a ver cómo reaccionaba ante ese beso otra vez.

Al ver que ella se sonrojaba y evitaba su mirada, se sintió triunfal.

Alessio estaba sorprendido por su propia reacción.

No había llevado una vida célibe. Le gustaban las mujeres y él a ellas. Era una experiencia enriquecedora para todos. Y había salido con modelos y mujeres extremadamente sexys.

Nunca había salido con mujeres que pasaban desapercibidas. Siempre lo habían asociado con una mujer que querría más de lo que él estaría preparado a entregar. A él le gustaban las cosas claras, en las que se ponían todas las cartas sobre la mesa, sin misterios por explorar.

¿Sería tan arrogante que la atracción por lo novedoso e inexplorado le parecía demasiado como para resistirse?

Sophie Court trabajaba para su padre, y ella era la última mujer del mundo por la que debía interesarse. Era una mujer seria que se tomaba las cosas en serio, y por lo que le había contado de sí misma sospechaba que solo se plantearía una relación si le garantizaban un futuro que él no estaba dispuesto ni a explorar.

De hecho, ¿no era por eso por lo que no le daba su aprobación? Estaba seguro de que sí.

Sin embargo, resultaba muy tentador continuar con aquella conversación tabú. Y conseguir que se sonrojara de nuevo para saborear su manera de reaccionar ante él.

—Mi padre se casó enseguida después de que mi madre muriera — Alessio retomó el tema.

—¿Clarissa? —preguntó Sophie.

—¿Has oído hablar de ella? Por supuesto que sí. Sabes más que yo sobre mi padre.

—Pasamos mucho tiempo juntos.

—¿Qué te ha contado sobre ella?

—¿Importa? No debería haberte dicho que sabía de quién estabas hablando.

—¿Por qué? Por primera vez, mi padre y yo hemos tenido una conversación que no ha sido superficial. Una cosa que he descubierto es cuánto depende de ti, y no solo para los cuidados de enfermería. Quizá viniste con esa intención, pero está claro que vuestra relación ha ido más allá. Me ha dicho que para él eres más una hija que una enfermera.

—¿Eso ha dicho?

—Sí. En mi ausencia, he de admitir que ha repartido su cariño. Debería haber estado pendiente, pero no tiene sentido pensar en lo que se podía haber hecho. La cosa es que tiene miedo de morir, y yo me arrepiento de haberlo estresado antes. Al menos he conseguido tranquilizarlo acerca de lo que está sucediendo en la empresa.

—Te quiere.

—No entremos en eso.

—No quiero que pienses que porque Leonard me tenga cariño tú has sido desplazado a un lado.

—Nunca pensé tal cosa. Y si lo he hecho no va a provocarme ninguna angustia. Las cosas son como son —hizo una pausa y la miró—. Yo nunca perdoné a mi padre por haberse casado tan pronto después de la muerte de mi madre —dijo Alessio.

—No... Debió de ser muy duro para ti.

—Parece que había algo más aparte de la idea que yo me hice en esos momentos. Era un niño. Mi padre había cortado toda la comunicación conmigo y me dejó a merced de mi imaginación. Clarissa, tal y como él confesó después, fue alguien a quien se aferró para intentar sobrellevar el dolor.

—Ocurre... —murmuró Sophie.

Al imaginarse a Alessio, lejos de su padre, pensando en lo peor y blindando su corazón por culpa de ello, se le encogió el corazón.

Ella había sido culpable por ver solo un lado de la historia. El lado de Leonard. Y pensar que el chico que apenas iba a verlo era el responsable de todo. Tal y como Alessio le había dicho antes, siempre hay dos lados de una historia.

—He venido a solucionar los negocios de mi padre.

—Y el hecho de que eso esté saliendo bien ayudará mucho a que Leonard se recupere. Puede que sea quisquilloso, pero sé que se siente aliviado de que alguien se esté ocupando.

Sophie estaba tensa y le costaba apartar la mirada del rostro de Alessio. Sabía que a él no le resultaba fácil hablar de cosas personales y que, dada la situación, probablemente se sentía obligado a contar más de lo que le hubiera gustado. ¡Si apenas había notado su existencia en los dos últimos años!

Pero las cosas habían cambiado. ¿Pensaba que debía incluirla porque se había convertido en una parte importante de la vida de su padre? ¿O es que el beso había cambiado la situación?

Desde luego, sí había cambiado para ella.

Él le había dicho que no había sido más que un instante para olvidar, sin embargo, cuando se había referido a ello otra vez momentos antes, ella había sentido el deseo de su mirada sobre la piel.

Su cuerpo deseaba saborear el roce de sus labios otra vez. Y mucho más.

—¿Cuánto tiempo crees que vas a quedarte...? —preguntó Sophie.

Alessio la miró en silencio y pensativo. En poco más de una hora, todo había cambiado.

Su padre se había abierto una pizca a él. Leonard había llorado cuando le habló del desastre de su segundo matrimonio, y eso era algo que Leonard nunca imaginó que llegaría a ver.

—Más de lo que pensaba —dijo él—. No había tenido en cuenta lo delicado que está mi padre. Siempre pensé que era duro como una roca, pero se ve que durante mi ausencia algo ha cambiado. No quiero entorpecer su recuperación, y hay otras cosas que podrían interferir también.

—¿Qué quieres decir?

—Te he dicho que he echado un vistazo a la casa... Había sacado el tema en el pasado, pero nunca me hizo caso. Si la empresa va a reformarse, ¿por qué no hacer lo mismo con la casa?

—¿De veras vas a reformar la casa? Sé que lo dijiste en la mesa, pero parece que Leonard se opone a ello...

—Es necesario. He hablado con mi padre y le he explicado los problemas con los que se va a encontrar si no hacemos lo básico, y creo que está aceptando la idea. Más que nada porque no tiene elección.

—Parecía que tenía muy claro que eso no es lo que quiere...

—Bueno, como habrás visto, él cree que sanear los ladrillos y el cemento sería irrespetuoso con los recuerdos que albergan en su interior. He conseguido convencerlo que es él quién guarda esos recuerdos. La casa es solo una casa.

—No es tan sencillo.

Sophie recordaba lo difícil que le había resultado a su madre dejar la casa que había compartido con su marido durante tantos años.

Leonard no se marcharía de la casa, pero vería cómo la reformarían. Alessio tenía razón, había problemas estructurales en algunas habitaciones que había que solucionar.

Ella sabía que Leonard había tenido una vida difícil durante los últimos años.

—Él necesitaba tener un apoyo —dijo ella—. Te necesitaba aquí.

—No era eso lo que quería en su momento —repuso Alessio.

—¿Y cuándo va a empezar la obra? ¿Y en qué va a consistir?

—Mi padre tendrá que marcharse un par de semanas. Habrá obreros entrando y saliendo de todas las habitaciones, polvo y ruido. Será demasiado para él.

—¿Y ha aceptado?

—Le he dicho que no tiene mucha elección. Ha de elegir entre hacer la reforma o ver cómo se desmorona la casa. Intentaré mantenerla lo más intacta posible, pero hay muchas cosas antiguas que hay que renovar lo antes posible. Los cristales tintados del rellano están a punto de romperse.

—No lo entiendo. ¿Dónde va a mudarse? ¿A Londres? Leonard siempre me cuenta lo mucho que odia Londres.

—No es que haya ido muchas veces —contestó Alessio—. Y no, no es Londres lo que tengo en mente.

—Entonces, ¿dónde?

—Tengo una casa en Lake Garda en el norte de Italia. Está lo bastante cerca como para llegar en un par de horas en mi jet privado. Así el viaje no será demasiado duro para él.

—Ya... De acuerdo...

—Si nos organizamos para irnos dentro de una semana, tendré tiempo suficiente para designar gente de confianza en la empresa de mi padre y terminar de atar los cabos sueltos. También tendré tiempo para que mi secretaria busque al mejor equipo para realizar la obra aquí y, por supuesto, también para proteger las cosas de valor y guardarlas. Creo que varias habitaciones del ala oeste podrían servir para eso.

—Espera un minuto... ¿Si nos organizamos...?

—No pensarás que mi padre podría viajar sin ti, ¿no? Y supongo que tendrás un pasaporte vigente...

—Sí, pero...

—No hay posibilidad de muchos peros... —interrumpió Alessio—. Si te soy sincero, parte del motivo por el que mi padre ha aceptado es porque supone que seguirás cuidando de él allí.

Alessio hizo una pausa y la miró de una manera que la hizo sonrojar.

—Además, ¿qué responsabilidades tienes que puedan afectarte? Naturalmente, te verás recompensada por esta inconveniencia, pero parece que no tienes obligaciones personales que requieran tu presencia aquí, ¿no es así?

## Capítulo 6

**C**UATRO días más tarde, el jet privado de Alessio aterrizó en un pequeño aeropuerto cerca de Milán. Durante esos cuatro días, la vida de Sophie se vio acelerada a velocidad supersónica.

Alessio había destinado a tres de sus mejores empleados a la oficina de Leonard en Harrogate y había regresado a Londres para coordinarlo todo.

También había contratado a una empresa de mudanzas para trasladar todo lo necesario de una parte de la casa a otra.

—Dejad todas las cosas grandes. Bastará con cubrirlas para protegerlas.

Por supuesto, Leonard había puesto objeciones.

—De pronto apenas me habla y después ¡empieza a dar órdenes como si fuera el jefe de la casa! —había dicho la noche anterior a que llegaran los de la mudanza.

—Habéis estado hablando —comentó Sophie—. Te ha llevado a comer antes de marcharse a Londres y parece que lo pasasteis bien.

—Por supuesto que si alguien me invita a algún sitio voy a ser educado. Se llama tener buenos modales. ¡Aunque no es algo que parezca que siga existiendo hoy día!

Ella había recorrido la casa llevando a Leonard en silla de ruedas y, finalmente, solo habían trasladado las cosas personales. Su ordenador, sus memorias, todos los recortes de periódico que había guardado durante años y algunos álbumes de fotos.

Ella había conseguido convencerlo de que no iban a producirse grandes desastres.

—Estas personas son profesionales y, además, Alessio les pedirá responsabilidades si cometen algún error.

—Supongo que el chico sabe lo que hace —dijo Leonard—. Lo ha heredado de mí, aunque no lo creas, viéndome ahora en este estado. Isabella, su madre... Bueno, eso era otra historia. ¡Dependía de mí para cada decisión! Aunque no podía perder la paciencia con ella, y menos con esa sonrisa que tenía. Esa sonrisa movía montañas.

Alessio le había pedido a Sarah que cada día comprobara lo que habían hecho y se asegurara de que cumplían con las normas de limpieza que él había exigido.

Antes de marcharse, él había querido reunirse con ella para decirle que le aumentaría el sueldo por tener que supervisar a los obreros.

—¿Son de fiar? ¿Necesitan supervisión? —había preguntado Sophie cuando Sarah salió de la habitación.

Era poco después de las cuatro de la tarde, Leonard estaba relajándose en el salón y ella estaba a solas con Alessio en otra sala. Estaban sentados uno frente al otro, con una pequeña mesa entre ambos donde Sarah había servido el té y unas galletas.

—Son totalmente de confianza y no necesitan supervisión.

—Pero...

—Sarah tiene diecinueve años, es una gran trabajadora y quiere ahorrar dinero. Creo que se sentiría avergonzada si le ofreciera pagarle por no hacer nada mientras estemos fuera. De esta manera, hará algo. Y será recompensada por venir todas las tardes a las seis y pasar una hora o así.

—Es muy considerado por tu parte —admitió Sophie.

Y después se sonrojó cuando él la miró y le dijo:

—De vez en cuando soy capaz de serlo... A pesar de la fama que parece que tengo.

Sophie se sintió aliviada cuando él se marchó a Londres, y se dedicó a dejar todo en orden antes de que se marcharan a Italia.

Un jet de color negro los esperó en la pista de aterrizaje y ella tuvo que respirar hondo al ver que el interior estaba decorado en tonos grises y beige. Durante el vuelo, Leonard y ella fueron tratados como miembros de la realeza.

Leonard se quedó dormido nada más despegar, pero Sophie estaba demasiado impresionada como para hacer nada, aparte de valorar lo que era viajar de esa manera espectacular.

Una vez desembarcaron en destino, los nervios volvieron a aparecer a flor de piel.

—Alessio me había hablado de este sitio —dijo Leonard, mientras descendían por la escalera de metal que habían colocado en la puerta del avión—. Solo lo tiene desde hace unos años. Ojalá me lo hubiera mencionado antes.

—¿Por qué?

—Isabella siempre quiso una casa en Lake Garda. Solía ir allí durante las vacaciones de verano cuando era niña.

Leonard continuó hablando mientras un hombre se acercaba a ellos desde un coche largo y negro. Era el chófer que había ido a recogerlos. Alessio los esperaba en la casa.

—Siempre me arrepentiré de no habérsela comprado. Ella podría haberla comprado sola, pero quería que yo lo hiciera, y estaba demasiado obsesionado con el trabajo como para pensar en una casa de vacaciones. Una vida de pequeños arrepentimientos... —se volvió hacia ella con los ojos humedecidos—. Y de algunos grandes. Si hubiera sabido que Alessio se había comprado una casa aquí... Podría habernos servido de puente entre nosotros... Quizá habría sido una oportunidad para pensar en cosas, pero basta de tonterías. ¡Disfrutemos del entorno, querida!

Y eso hicieron.

Las luces de varias casas de lujo reflejaban en el agua del lago al atardecer, disimulando las montañas que se erguían alrededor del lago como guardianas.

Recorrieron el trayecto hasta la casa en silencio. Leonard se quedó dormido. Había sido un día largo. Despertó al sentir que el coche disminuía la velocidad y observó cómo las puertas de la entrada se abrían de forma automática. En la distancia, se veía una casa iluminada contra la oscuridad. Y detrás, las montañas parecían tan cerca que podían tocarse.

—Oh, cielos...

—Estoy impresionado —comentó Leonard.

El coche se detuvo frente a la casa y se abrió la puerta principal. Al instante, apareció el hombre que tanto nerviosismo le había generado durante los últimos días.

Iba vestido de negro. Llevaba un polo de manga larga y unos pantalones vaqueros. Estaba tan sexy que a Sophie comenzó a latirle el corazón con fuerza.

—¿Hay alguien ahí? —le preguntó Leonard, dándole un codazo.

Cuando ella lo miró, vio que estaba arqueando las cejas. Después, el hombre miró hacia Alessio y otra vez a ella, que se había puesto colorada.

—Yo... Yo solo...

—¿Por qué no me ayudas a salir, querida? Mirar es de mala educación, y tú estabas mirando a mi hijo.

—¡Sí! Por supuesto, te ayudo a salir.

Sophie tenía las mejillas ardiendo. Leonard era capaz de leerle el pensamiento y no tenía nada de tacto. Ya le había advertido sobre su hijo una vez, y lo último que necesitaba era que pensara que se sentía atraída por Alessio, igual que una de esas rubias con las que solía aparecer en las fotos.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Alessio, acercándose a Leonard para agarrarlo del brazo.

—¡No soy inválido! —exclamó él, pero permitió que Sophie lo agarrara del otro y lo acompañaran hasta la casa.

Una vez dentro, ambos se quedaron en silencio. La decoración era de mármol claro y madera oscura. Sophie nunca había visto nada igual, ni siquiera en las revistas.

Se fijó en la amplia escalera que llevaba al piso superior y en la moderna lámpara de cristal que había colgada en el techo.

Cuando Sophie terminó de inspeccionar la casa con la mirada y miró a Alessio, lo encontró contemplándola divertido.

—El viaje bien, gracias —repuso ella al fin.

Leonard sugirió que les enseñara el resto de la casa y murmuró algo acerca de que esperaba que cuando regresara a la suya no se encontrara algo parecido a aquella.

Alessio sonrió y miró a Sophie con complicidad, provocando que ella se sonrojara.

—Creo que ya me ha quedado claro que no quieres que cambien las cosas.

—¡No hay nada de malo en eso! —contestó Leonard, mientras avanzaba para ver las habitaciones.

—Todos encontramos un momento perfecto de la vida para anclarnos a él —murmuró Alessio, colocándose detrás de su padre.

—Así es.

Sophie se preguntaba cuál era el momento perfecto de la vida de Alessio. A juzgar por la decoración de aquella casa, era posible que todavía no lo hubiera encontrado. No había nada personal en ella. Era una casa de diseño poseída por un hombre adinerado que no tenía tiempo para relajarse. Un lugar impresionante.

Se dirigió a la parte posterior y vio un enorme porche lleno de columnas y distintos espacios. También unas escaleras que guiaban hasta una piscina.

—¿Quién cuida de este lugar cuando tú no estás, hijo? —preguntó Leonard.

—Tengo un matrimonio que vienen a diario.

—Menuda pérdida de dinero —comentó Leonard.

Sophie vio que Alessio esbozaba una sonrisa.

—Es mi dinero, así que yo elijo en qué me lo gasto.

—Tu madre solía venir aquí de niña —dijo Leonard, abriendo la puerta de lo que resultó ser la cocina.

—Lo sé. He visto fotos —dijo Alessio.

Leonard y Alessio se miraron y no continuaron con la conversación. Sophie confió en que ambos fueran capaces de recuperar la relación y en que Leonard no se estresara mientras estuviera allí.

El matrimonio que cuidaba de la casa se encargaría de hacer la comida y la limpieza durante esos días.

—¿Crees que esto va a ser suficiente para que mi padre no se estrese el tiempo que esté aquí? —preguntó Alessio más tarde, después de cenar y de que la asistenta recogiera la cocina.

Ellos se habían quedado allí. La cocina era tan impersonal como el resto de la casa. La mesa era de granito y Sophie estaba sentada en un extremo y Alessio en el otro. Leonard ya se había retirado y, en un momento dado, Alessio se puso en pie y se acercó para sentarse junto a ella.

—Bueno, esperaba que vosotros dos os negarais a iros.

—¿Qué quieres decir?

—El supuesto hombre inofensivo es más terco que una mula, y lo imaginaba negándose a marcharse y dándote órdenes para que no permitieras que entrara nadie con herramientas y pintura.

—Eres muy sarcástico...

Sophie jugueteó con la copa de vino para intentar no mirarlo. Alessio se había arremangado la camisa y ella no pudo evitar fijarse en el vello oscuro de su antebrazo y en su musculatura.

Él acercó una silla y puso los pies en alto antes de decir:

—Soy realista, Sophie. Mi padre no quiere que toquen nada en la casa. Comprendo que quiera mantener intactos los recuerdos, pero yo he hecho lo posible para convencerlo de que sería una lástima si la casa se estropeará tanto como para no poder repararla. Aun así, no estaba seguro de que no se echara atrás con la decisión.

—Pues has debido hacer un buen trabajo convenciéndolo, porque nunca ha dudado acerca de que fuera a hacerse la reforma. De hecho, parece contento, a pesar de que se queje por todo. Es divertido, pero cuando pienso en los últimos meses veo todos los síntomas de alguien con mucha ansiedad. Leonard estaba muy callado, cuando normalmente no lo está, y a veces tenía que repetirle las cosas antes de que se percatara de que estaba hablando con él.

—Mi padre es un hombre difícil —murmuró Alessio.

—¡Eso no es ser difícil! —se rio Sophie—. Tenía preocupaciones y nadie con quien compartirlas.

—¿Esto es otra crítica por no haber estado presente?

—¡No!

Sus miradas se encontraron y Sophie notó un revoloteo en el estómago, además de un cosquilleo en la entrepierna y tensión en los senos.

Era una reacción física de carácter sexual y, se quedó tan sorprendida, que tuvo que esforzarse para ordenar su pensamiento.

Estaba asustada. Temía perder el autocontrol y se negaba a ser vulnerable a todo lo que pudiera hacerle daño.

—En cualquier caso, diría que está menos estresado que hace un par de semanas.

—A la mayor parte de la gente le gusta compartir sus problemas con otras personas, o que alguien se haga cargo de las situaciones difíciles. Mi padre se siente aliviado de que yo me haya hecho cargo de todo.

—Supongo que tienes razón.

Sophie pensó en su adolescencia y trató de imaginar cómo habría sido si alguien se hubiera ocupado de todo.

¿Cómo de diferente habría sido su vida?

¿Habría podido disfrutar de la adolescencia sin ansiedad?

¿Se habría convertido en una persona diferente?

¿O habría sido igual de sensata y responsable? Era la mayor de dos hermanas... La que estaba destinada a ser la responsable pasara lo que pasara.

—Un céntimo por tus pensamientos.

—¿Perdona?

Sophie se percató de que Alessio la miraba fijamente. Tenía la piel bronceada y ella la tez muy clara. Se preguntaba cómo quedarían sus cuerpos uno junto al otro.

Sin ropa.

La idea provocó que se sonrojara. Se le aceleró el corazón y notó que se le humedecía la entrepierna a la vez que un fuerte cosquilleo la invadía por dentro.

—Estás como en otro mundo. ¿En qué piensas? ¿Cosas negativas sobre mí?

—No todo trata de ti —contestó Sophie—. De hecho, estaba pensando... Estaba pensando...

—¿Sí? Soy todo oídos. Dime lo que estabas pensando.

Se echó hacia delante, de forma que quedaron muy cerca.

—Estaba pensando en lo que dijiste acerca de que Leonard estaba aliviado por el hecho de que alguien se haya hecho cargo de sus problemas. Es cierto. Por supuesto. Se nota. Es maravilloso que a veces alguien se ocupe de los problemas de otros...

Estaba tartamudeando. Hablando sin parar para encubrir lo que sentía por dentro.

—No es que yo lo sepa por experiencia.

—Nadie te ayudó cuando tu padre murió. Tu madre y tu hermana dependían de ti y sé que llevaste todo el peso tu sola. ¿Y tus amigas?

—No siento lástima por mí —dijo ella, deseando no haberle contado nada.

¿Cómo iba a decirle que no le había parecido apropiado contarle a alguien todo por lo que estaba pasando? Sus amigas solo hablaban de novios, fiestas y ropa. ¿Quién iba a querer hablar sobre dónde estaba más barata la comida, o de lo difícil que era que tu madre no quisiera levantarse de la cama? Nadie.

Alessio la miraba con curiosidad, animándola en silencio a que continuara contándole la historia.

Allí en la cocina, Sophie sintió la tentación de romper sus propias normas y abrirse a él de una manera que nunca se había abierto a nadie.

—Cuéntame, Sophie —murmuró él, apoyando los codos sobre sus rodillas.

—No seas tonto —contestó ella con voz temblorosa—. ¿Desde cuándo estás interesado en escuchar lo que tengo que decir sobre algo que no tenga nada que ver con tu padre? Además, ya te he hablado sobre mi madre y mi hermana. No hace falta que finjas más interés.

—¿Ahora quién es el tonto?

—Alessio... —Sophie se pasó la mano por el cabello.

—Alessio... Me gusta cómo dices mi nombre... Tienes una voz llamativa. ¿Alguien te lo había dicho?

—¿Eso es un cumplido?

Ella sonrió. Tenía el corazón acelerado y había cierta tensión en el ambiente.

—Lo es. Parece que piensas cada una de las palabras que salen de tu boca.

—¿No todo el mundo piensa antes de hablar?

—Te sorprenderías...

—¿Qué quieres decir?

Alessio sonrió y se pasó los dedos por el cabello.

—Quiero decir que la mayoría de las mujeres con las que salgo hablan mucho y en tono muy alto. Muchas de ellas deben pensar que se trata de decir el máximo de palabras posible antes de respirar.

—Eres malo —se rio ella.

—Exagero, pero solo una pizca.

—Probablemente hablen mucho porque tratan de impresionarte.

—Y, por supuesto, eso es lo último que tú querías hacer...

—Lo ultimísimo —dijo Sophie.

—Ahora que ya ha quedado claro, créeme cuando te digo que me interesa lo que me cuentas. Y te diré otra cosa... Mi padre y tú... Nunca me había dado cuenta de lo entrelazadas que estaban vuestras vidas.

—Trabajo para él a tiempo completo.

Alessio sonrió.

—Mi dedicada asistente personal trabaja para mí a tiempo completo. Y nuestras vidas no están nada entrelazadas.

—Supongo que cuando empezamos a conocernos era más un acuerdo formal. Teníamos un horario rígido para todo, pero no tardamos mucho en...

—¿En que mi padre traspasara los límites como un niño?

Sophie se rio.

—Puede ser bastante pillo a veces.

Sus miradas se encontraron. ¿Sophie era consciente de lo excitante que era?

No, no lo era.

Mirándola, Alessio supo que no tenía ni idea de lo interesante que le resultaba hablar con una mujer que no trataba de impresionarlo. Era tan distinta a las mujeres con las que había salido, que parecía de otro planeta.

No había cotilleos, ni coqueteo, ni anécdotas sobre fiestas divertidas donde no te imaginabas quién había ido...

Ella era pura frescura.

Y él disfrutaba de mucho más que de la conversación.

Disfrutaba de la manera en que se sonrojaba, y de cómo sus emociones se reflejaban en el rostro, porque no tenía mucha experiencia con mujeres a las que les pasaba tal cosa.

«Porque él solo se fijaba en un tipo de mujer».

¿Era la novedad lo que le resultaba tan atractivo?

Por supuesto.

¿Qué más podía ser?

Alessio trabajaba mucho y le gustaban las mujeres predecibles que no le generaban estrés. No le gustaba lidiar con mandonas exigentes ni con caprichosas. Tampoco las mujeres emocionalmente inestables como montañas rusas. En su opinión, ese tipo de mujeres eran idiotas que permitían que su corazón dictara su comportamiento.

Él nunca sería así. Nunca permitiría que su corazón interfiriera en nada. Nunca se expondría al dolor de una pérdida, porque de muy joven había aprendido que el dolor y la pérdida iban de la mano. Él quería a su madre y la había perdido, y eso le había hecho sufrir mucho de niño.

Y había querido a su padre y también lo había perdido. No solo en sentido físico, sino también emocional. Porque su padre se había recluido en un mundo que lo excluía a él, a Alessio. Él había cerrado la puerta y nunca la había abierto de nuevo. El cerrojo se había oxidado con el tiempo... y era difícil de romper.

Así que, el autocontrol siempre predominaba en la relación de Alessio con las mujeres. Y si esa era una de esas ocasiones en las que el autocontrol no estaba presente, no debía preocuparse.

Le podía la curiosidad. ¿Qué tipo de hombres le gustaban a Sophie? ¿Altos? ¿Bajos? ¿Delgados? ¿Gordos? Quería descubrir más acerca de ella, y le gustaba la novedad.

Sophie era como un manojo de nervios. Su cuerpo le pedía que se inclinara hacia delante y se dejara llevar por su poderosa y carismática personalidad. No obstante, su cerebro asustado le indicaba que se retirara. Al hacerlo, movió la mano y tiró una copa de vino.

¿Cómo se le ocurrió tratar de agarrarla para que no se rompiera?

Se miró la mano a la vez que gritaba y vio que tenía clavado un cristal. O más de uno.

Todo había sucedido muy deprisa, pero antes de darse cuenta, Alessio le había agarrado la mano y miraba cómo sangraba.

—Quédate quieta.

—Estoy bien.

—Tengo que sacarte el cristal. No queremos que se infecte.

—Alessio, en serio, puedo ocuparme de esto.

Él se dirigió a uno de los armarios y regresó con un botiquín de primeros auxilios.

Sophie permaneció en silencio mientras él le agarraba la mano y comenzaba a limpiarle el corte con cuidado y hablándole en tono calmado.

Alessio bromeó acerca de que aquel botiquín era lo único que podía localizar rápidamente en la cocina, porque cuando lo compraron tuvo que aprender cómo utilizar el contenido. También le describió el lago, al que podía accederse desde el jardín. Habló del barco que tenía y de lo poco que lo utilizaba porque el tiempo nunca estaba de su parte.

Se había arrodillado junto a Sophie sin que ella se diera cuenta, y ella observaba cómo le retiraba los cristales.

Sophie estaba fascinada. El corazón le latía con fuerza y tenía la sensación de que el silencio que había en la cocina podía cortarse.

Él le vendó la mano y, cuando terminó, no se retiró de donde estaba.

Alessio permaneció en el sitio. Ella lo miró y separó los labios, porque había algo en su mirada que la incendiaba por dentro.

Deseo... El mismo deseo que ella había intentado enterrar para que no pudiera hacerle daño... El mismo deseo que la hacía sonrojar.

Sophie no se sorprendió cuando él le acarició la mejilla.

La última vez que él la había besado, la cordura apareció a toda velocidad.

En esa ocasión, mientras ella se inclinaba hacia él para que la besara, decidió dejarse llevar.

Nunca lo había hecho. No sabía lo que era dejarse llevar por una corriente de deseo y quería descubrirlo.

¿Qué había de malo en ello?

Ella lo besó.

Él se levantó para sentarse en la silla y ella se colocó sobre él a horcajadas.

Sentía mojada su ropa interior, y movió las caderas para mostrarle el deseo que ardía en su entrepierna.

Él se quejó y ella lo besó en el rostro, en el cuello... Le acarició los hombros y sintió su musculatura bajo la tela de la camiseta.

Ella apenas era consciente de su mano herida porque su cuerpo estaba en llamas.

Alessio levantó la mano para acariciarle un seno. Después la metió por debajo de su top y ella se estremeció y arqueó la espalda, pidiéndole que hiciera algo más aparte de acariciarla.

Ella suspiró y gimió cuando él le retiró el top y le desabrochó el sujetador con dedos temblorosos. Senos pequeños y perfectos.

Alessio jamás había sentido tanta pérdida de control. Al ver sus senos desnudos con los pezones sonrosados, se excitó de tal manera que estuvo a punto de eyacular demasiado pronto.

Impensable.

Acarició uno de sus pezones con la lengua y lo cubrió con la boca para succionar sobre él.

Cuánto más probaba, más la deseaba.

No solos sus pechos... No solo sus pezones.

Alessio anhelaba explorar cada pedazo de su cuerpo una y otra vez.

—¿Mi habitación? —preguntó él, mirándola.

—Alessio...

—No te estoy presionando, Sophie...

Pensó en la posibilidad de darse una ducha de agua fría si ella cambiaba de opinión, pero si lo hacía, estaba en su derecho y él la respetaría.

—Quiero que pase esto, Alessio...

—¿Estás segura? —le acarició el cabello corto—. ¿Es lo que quieres? No puedo ofrecerte permanencia...

—Lo sé —sonrió Sophie—. Para tu información, yo tampoco...

—Entonces, ¿a mi habitación?

—A tu habitación —convino ella con abandono, y él se perdió en su sonrisa.

## *Capítulo 7*

**S**OPHIE miró a Alessio con los ojos entornados. La casa estaba en silencio y a oscuras, porque eran poco más de las once. El matrimonio que trabajaba allí había desaparecido hacía mucho rato y Leonard ya estaba dormido en su habitación.

Frente a ella, Alessio estaba de pie con el torso desnudo. Los vaqueros desabrochados se sujetaban en sus caderas y su jersey estaba en el suelo.

Cuatro días...

Ese era el tiempo que llevaban con esa aventura clandestina.

Habían hecho el amor la primera noche, después de subir las escaleras de puntillas para no despertar a Leonard, y había sido la experiencia más enloquecedora que Sophie había tenido nunca.

Él la había acariciado en lugares íntimos. Y había explorado su cuerpo con la lengua hasta que ella había gemido de placer.

Sophie había decidido que aquella no sería la última vez.

¿Cuánto tiempo duraría aquello? Sophie no lo sabía. Suponía que no más del tiempo que estuvieran en la casa del lago. Con Alessio no duraban las relaciones, y esa sería más corta de lo habitual.

Ella no era una mujer dócil, dependiente, sexy y rubia. Ella respondía. Y tenía la sensación de que eso no lo hacían las mujeres con las que él salía.

—Nunca he disfrutado tanto del sexo —le había dicho él la noche anterior.

Con Alessio todo era sexo. Tenía mucha necesidad de ella y la deseaba con locura.

De vez en cuando, ella sentía pena por el hecho de que lo físico fuera todo lo importante, pero no pensaba mucho en ello y trataba de convencerse de que para ella era lo mismo.

Él era sexy, vital y erótico y le estaba mostrando un mundo de experiencias que siempre se había negado.

Además, no era su tipo.

Nunca podría entregar su corazón a alguien que no estuviera preparado para cuidarlo, y Alessio no era el tipo de hombre que estaría dispuesto a hacerlo.

—A veces te miro y me da la sensación de que estás muy lejos de aquí —soltó él, sacándola de su pensamiento—. ¿Dónde estás? ¿En otro lugar? —sonrió—. Mientras que el hombre con el que estés allí sea yo, no me importa...

Terminó de quitarse el pantalón y Sophie se incorporó. Él sonrió. Sabía que a ella le gustaba mirarlo.

Le había dicho que la excitaba. Igual que a él le excitaba que ella estuviera desnuda cuando lo miraba.

Sophie observó cómo se quitaba la ropa anterior y suspiró al ver su miembro erecto. Él se lo acarició un instante y se acercó a ella.

Sophie entornó los ojos y se acarició el seno, antes de rodear su pezón con un dedo. Sobre el edredón, completamente desnuda, separó las piernas permitiendo que Alessio la mirara con deseo.

—Me gusta lo que veo —murmuró él, tumbándose a su lado, presionando su miembro erecto contra su muslo.

—¿Qué es eso? —Sophie se volvió hacia él para mirarlo de frente. Levantó la pierna para colocarla sobre el muslo de él y movió el cuerpo para rozar su entrepierna sobre su miembro.

Al sentir que él le acariciaba el pezón con un dedo, ella se estremeció.

—¿Vas a contarme lo que estabas pensando? —murmuró él, chupándose el dedo antes de acariciarla de nuevo y provocarle más placer.

—No estaba pensando nada.

—¿Por qué no te creo?

Él la besó en el cuello y en el mentón, y ella se contoneó contra él.

Era su amante.

Él sabía dónde y cómo acariciarla... Conseguía que su cuerpo sintiera cosas que nunca había imaginado que pudiera sentir.

Sin embargo, Sophie conocía los límites de lo que tenían, igual que sabía que contarle lo que estaba pensando sería un gran error.

¿Por qué se había puesto a pensar en el futuro?

¿Por qué empezaba a preguntarse cómo sería cuando aquella relación terminara de forma amistosa?

Ni siquiera había pensado cómo se llevarían cuando regresaran a Inglaterra.

Por supuesto, él regresaría a Londres. Y ella y Leonard a su rutina diaria. ¿Y cómo se sentirían después de aquello?

—No sé por qué no me crees —dijo ella, besándolo para zanjar la conversación.

Alessio sonrió contra su boca.

—Porque no eres una mujer cuya cabeza está vacía de pensamientos.

Sus miradas se cruzaron y, durante unos segundos, Alessio no pudo dejar de pensar en qué era lo que había hecho que ella tuviera esa expresión en la mirada.

Nunca se había interesado por lo que pasaba en la cabeza de una mujer. Él no era así.

No obstante, por algún motivo, la necesidad de saber lo que estaba pensando era abrumadora.

—Lo tomaré como un cumplido —murmuró Sophie.

—Deberías —comentó él—, pero basta ya de conversación...

Hicieron el amor.

A Alessio se le vació la cabeza mientras la acariciaba. Su curiosidad por conocer sus pensamientos se desvaneció en cuanto le acarició los senos y los pezones.

Ella se arqueó y él estuvo feliz de complacerla. Más que feliz.

Introdujo el pezón en la boca y se perdió en su sabor mientras le acariciaba el otro pecho con la mano. Iba despacio.

La primera vez que hicieron el amor estaba tan excitado que no le había prestado la atención que merecía, pero después ya la había compensado por ello.

Lo días pasaban demasiado despacio, con tan solo el roce de sus manos de forma ocasional, y cuando Leonard se acostaba Alessio estaba tan excitado que apenas podía pensar...

No obstante, conseguía asegurarse de complacerla despacio cuando estaban en la cama.

Deslizó la mano por su vientre y le separó las piernas. Notó la cálida humedad de su sexo y se contuvo para no ir más deprisa.

Introdujo el dedo en su interior y después deslizó la boca para acariciarle el clítoris con la lengua, mientras disfrutaba de cómo se contorsionaba contra su dedo.

Sophie pestañeó.

Saber lo que él estaba a punto de hacer no disminuyó su excitación.

Se puso tensa y gimió cuando él le acarició el clítoris con la lengua. Relajó las piernas y se entregó al placer.

Oyó que él soltaba una risita cuando ella se movió para darle placer al mismo tiempo.

Sophie lo saboreó igual que él la saboreaba a ella. Se entregaron el uno al otro y disfrutaron dando y recibiendo placer.

Alessio fue el primero en separarse, diciéndole que si continuaba así no podría contenerse.

Ella se rio y gimió cuando él la penetró. Moviéndose despacio al principio, fue acelerando el ritmo y comenzó a gemir con fuerza.

Sophie tensó todo el cuerpo al llegar al orgasmo y se dejó llevar por la satisfacción hasta caer rendida.

Se acurrucaron uno junto al otro, con los cuerpos sudorosos.

Alessio notaba el calor del rostro de Sophie contra el cuello y una intensa sensación de paz se apoderó de él.

Le acarició el cabello y le preguntó si alguna vez se lo había dejado largo. Cuando ella contestó que le gustaba lo fácil que era llevarlo corto, sonrió.

Así era ella.

Tan sencilla.

Y le daba miedo.

Alessio nunca había sentido algo parecido. Podría haberse quedado allí, con ella, para siempre.

Un momento perfecto.

Y no lo podía permitir. Por mucho que su cuerpo reaccionara ante ella, no era una amenaza contra su autocontrol. Al final, siempre podría contenerse y marcharse.

¿No había hecho lo mismo cientos de veces?

¿Y qué si esa vez se sentía diferente? Ya había llegado a la conclusión de que se debía a la novedad. Había hecho suposiciones acerca de la mujer que estaba acurrucada a su lado, solo para descubrir que estaba equivocado.

Había aflorado su debilidad, y era algo que iba en contra de todos sus principios.

Nada de implicaciones. Nada de vulnerabilidad. Nada de preocuparse por la otra persona.

Curiosamente, lo que él sentía se parecía mucho a las tres cosas.

Se puso tenso y se separó de ella una pizca, lo suficiente para transmitir el mensaje. Por supuesto, ella lo captó, alto y claro y se separó de él con una risita, medio sorprendida, medio avergonzada.

El tipo de risa que él deseaba callar con un beso.

Apretó los dientes y trató de aplacar todo lo que corría peligro de ablandarse en su interior.

—Tengo sed —comentó—. Bajaré a por agua...

Sophie se retiró de golpe. Sabía lo que pasaba. Por un segundo, se había relajado, acurrucándose contra él y Alessio había reaccionado rápidamente para repeler tanta intimidad.

El sexo era algo rápido, ardiente y disfrutable, pero ¿abrazos? ¿ternura? Eso era muy diferente y él quería que ella se diera cuenta, para que no creyera que aquello era algo más serio de lo que era.

Una aventura limitada en el tiempo entre dos personas muy diferentes.

Resultaba doloroso.

Ella había invertido en aquello más de lo que creía posible. Y se había aferrado a él de una manera que no pretendía, pero Alessio se había dado cuenta y le estaba dejando claro que no era eso lo que él deseaba.

—¡El sexo da mucha sed! —exclamó ella tratando de parecer animada, mientras él se levantaba y buscaba algo de ropa en la oscuridad.

Sophie lo observó desde la cama.

Él no la miró.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, se volvió para preguntarle si quería que le trajera algo.

—Creo que me iré a mi habitación —dijo ella.

Estaba esperando a que él se marchara porque, de pronto, estar desnuda le daba vergüenza.

Alessio no dijo nada, asintió y abrió la puerta. En ese momento entró un rayo de luz. Era extraño, porque siempre apagaban la luz del pasillo.

La habitación de Leonard estaba al final del pasillo y ellos se habían acostumbrado a verse a escondidas, sin que se diera cuenta.

Sophie oyó que Leonard le decía a Alessio que había oído voces y que tenía miedo de que hubiera entrado alguien.

Alessio lo tranquilizó diciéndole que la casa era muy segura.

—Tengo cámaras de seguridad que detectarían a un hombre invisible. No te preocupes. Es tarde. Deja que te acompañe de nuevo a tu habitación.

—¡Espera un momento!

Sophie se estremeció al oír que Leonard golpeaba la puerta con el bastón. El hombre abrió la puerta antes de que Alessio pudiera evitarlo y Sophie no tuvo tiempo de escapar.

¿Qué podía haber hecho? ¿Meterse bajo la cama? ¿Encerrarse en el baño?

Ridículo.

Se tapó con la sábana y observó cómo Leonard encendía la luz.

—¡Lo sabía! —exclamó antes de volverse para mirar a Alessio.

Él continuaba medio desnudo junto a la puerta. Avergonzado.

Sophie nunca lo había visto así, indeciso. Se pasó los dedos entre el cabello y se cruzó de brazos antes de mirar a Leonard. No sabía qué decir.

—¿Cuánto tiempo lleva pasando esto? —preguntó Leonard.

—Papá...

—¡No me llames papá!

Se acercó a la cama y se sentó en ella.

—Esperaba algo más de ti —le dijo a ella—. Alessio... Conozco a ese chico y sus maneras —entornó los ojos y miró a Sophie—. Te ha seducido, ¿verdad? ¿Se ha aprovechado? Ya me había dado cuenta de que te gustaba.

—Leonard...

—Ahora lo veo todo claro, querida —continuó él—. Ha usado sus encantos contigo, te ha seducido —miró a su hijo por encima del hombro.

Sophie miró a Alessio y supo que no diría nada para responder a aquel ataque. Él la apreciaba a ella, apreciaba la relación que ella tenía con su padre, basada en el afecto y la confianza y por eso lo respetaría y no se defendería.

—No ha sido así —contestó Sophie, sonrojada.

—Habla más alto, cariño. Soy viejo y no oigo bien.

Sophie deseó haber mantenido aquella conversación de otra manera, y no desnuda bajo las sábanas y muerta de vergüenza.

—No ha sido culpa de tu hijo...

—¿Perdona?

—He dicho que... Ha pasado sin más, Leonard. Ninguno de los dos lo tenía planeado y, Alessio no me ha seducido.

Sophie sabía que era ridículo.

¿Cómo podía decir que acostarse con un hombre era algo que pasaba sin más?

¿Era de extrañar que Leonard estuviera mirándola boquiabierto?  
¿Con una mirada mezcla de asombro e incredulidad?

La situación no duró mucho, porque Leonard se puso en pie y golpeó el suelo con el bastón un par de veces.

—Te has aprovechado de ella —acusó a su hijo.

Se acercó a la silla que estaba junto a la cama y se sentó en ella. Parecía agotado. Y cada vez estaba más pálido.

Asustada, Sophie se levantó de la cama cubriéndose con la sábana. Recogió su ropa del suelo y le pidió a Alessio que fuera a por agua.

Entró en el baño y se puso los pantalones vaqueros y la camiseta. No tenía tiempo para ponerse el sujetador, ni la ropa interior.

Leonard continuaba sentado en la silla y apenas la miraba.

—Leonard...

—¡Alessio debería haber pensado más!

—No puedes culpar a tu hijo.

—Sí puedo y voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque te conozco, Sophie. No eres ese tipo de chica.

—¿Qué tipo de chica?

—Ya sabes a qué me refiero —dijo Leonard—. No te entregas a cualquiera. Eres una mujer casera. Disfrutas tranquila, no yendo por la vida mirando a ver con quién puedes acostarte.

—Madre mía, Leonard —sonrió Sophie—. No estoy segura de que me guste ser la persona que describes. Parece muy aburrida.

—No lo es —dijo Leonard con una sonrisa, y le estrechó la mano—. Es una persona amable a la que aprecio mucho, y por eso culpo a Alessio de esto.

Leonard apoyó la cabeza en la silla y cerró los ojos.

—Él es un hombre de tener aventuras cortas, y está bien, pero no cuando se trata de ti, querida.

Sophie no dijo nada.

Leonard parecía agotado.

El médico le había dicho que nada de estrés, y ella nunca lo había visto así de estresado.

—Deberíamos regresar a la cama.

Sophie se volvió y vio que Alessio estaba detrás de ella.

—¿Cómo pretendes que duerma, Alessio?

—Toma, bebe un poco de agua.

—Sophie trata de convencerme de que esto ha sido una especie de acuerdo entre los dos. Yo te conozco, Alessio, y ella no es una de tus... ¡conquistas!

—Por supuesto que no lo es —murmuró Alessio, y acercó una silla para estar junto a ellos.

—¡No puedes tener uno de esos acuerdos con ella!

—¡Leonard! —protestó Sophie—. Lo creas o no puedo tener todos los acuerdos amorosos que quiera. ¡Soy adulta!

Si eso era cierto, ¿por qué deseaba tener algo más? Desde un principio sabía las limitaciones de aquella relación.

¡Si es que podía llamarse relación!

—Tenía pensado hablar contigo sobre esto mañana —le dijo Alessio a su padre.

—¿De veras? —preguntó Sophie con el ceño fruncido.

—Es probable que lo hayas olvidado. Ayer tuvimos un día muy ocupado. Fuimos a la ciudad, comimos junto al lago, llevamos a mi padre en barco a pesar de sus protestas...

—Sí, fue un día ocupado —repuso Sophie, tratando de recordar cuándo había hablado con Alessio sobre eso de tener una conversación con su padre.

—¿Recuerdas que te dije que iba a contarle a mi padre lo nuestro?

Sophie se quedó boquiabierta. Desde luego no podría haber olvidado tal cosa.

—Iba a contarle que lo que hay entre nosotros... —agarró la mano de Sophie—, va en serio.

—¿Qué has dicho, hijo mío? —preguntó Leonard.

—Estoy diciendo, papá, que esto no es lo que crees.

—Hmm...

—Creías que estaba jugando con Sophie...

—¿Puedes culparme por ello?

—Supongo que no. Es posible que hayas visto las noticias. Los paparazis aparecen por las esquinas en cuanto voy con una mujer agarrada del brazo...

—Nunca ha sido tu prioridad pasar inadvertido, Alessio —dijo Leonard. Le había cambiado el humor, había recuperado el color del rostro y el brillo de sus ojos.

Sophie los miraba asombrada. ¿Dónde pretendía llegar Alessio?

Tenía el corazón acelerado. Alessio continuaba tranquilizando a su padre y, en un momento dado, agarró la mano de Sophie y se la apretó. Ella supo que quería decirle: «sígueme el juego...».

Eso haría.

Por el bien de Leonard.

Aunque notaba la rabia emergiendo en su interior. Alessio estaba fingiendo para no estresar a su padre.

—Confía en mí, papá —murmuró—. Sophie es diferente a las otras mujeres con las que he salido en el pasado, y te pido que me creas cuando te digo que lo que tenemos no se parece en nada a otras relaciones que he tenido antes —miró a Sophie—. Cuando estoy con ella soy un hombre diferente.

—¿Y ese cambio se ha producido en cuestión de días? —preguntó Leonard, mirando a Sophie.

—Nosotros... Bueno... —se humedeció los labios y sonrió—. Ya sabes cómo va esto, Leonard. Ha pasado sin más...

Sophie contuvo la respiración esperando su respuesta, pero Leonard no dijo nada. Se miraron y él estiró el brazo para darle la mano.

Tenía los ojos llorosos. ¿Estaba a punto de llorar por lo terrible que era la situación?

Sophie abrió la boca para decir algo, pero él se adelantó diciéndole que lo comprendía.

—A mí me pasó lo mismo —dijo él—. Con tan solo mirar a Isabella, supe que era la mujer de mi vida. El error que cometí después... —miró a Alessio fijamente—. Me sentía solo y tenía el corazón roto, fui tonto. Debería haber pensado más —le dio una palmada en la mano a su hijo—. Me has hecho un hombre muy feliz, hijo mío.

Leonard comenzó a ponerse de pie.

Sophie permaneció inmóvil mientras Alessio se levantaba para ayudar a su padre. Después los observó hablar mientras salían de la habitación.

¿De qué hablarían?

No quería ni pensarlo.

Esperaría a Alessio y descubriría qué iba a suceder después...

## Capítulo 8

ALESSIO reapareció veinte minutos más tarde, y vio que Sophie había bajado a la cocina.

Al oír que se abría la puerta, ella se puso tensa.

—Ha sido fácil encontrarte aquí —dijo él. Al ver que ella se había preparado un café, hizo lo mismo—. Estaban todas las luces encendidas.

—¿Qué pasa, Alessio? —preguntó Sophie.

Cuando terminó de prepararse el café, él se apoyó en la encimera y dijo:

—Estás sorprendida...

Sophie soltó una carcajada.

—¿Sorprendida? Sorprendida se está cuando se espera una cosa y el correo llega un día tarde. Yo no estoy sorprendida... Estoy perpleja por lo que ha pasado.

—Sabes lo que ha pasado.

Alessio se acercó a la mesa y se sentó junto a Sophie.

Ella notó que su cuerpo respondía ante su proximidad y se percató de lo vulnerable que se había vuelto.

Alessio le agarró la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Alessio...

—Sé que lo que ha sucedido ha sido un poco inesperado.

—Por decir algo.

—Cuando he visto a mi padre en el pasillo y me he dado cuenta de que probablemente se había despertado y oído un ruido en la habitación, tuve que pensar rápido...

—¿Y mentirle te parece buena idea?

—No había alternativa.

—Siempre hay alternativa a mentir, Alessio.

—Sí, la hay. Por supuesto que la hay, pero pensemos en cuál era la alternativa. Lo más importante era la salud de mi padre, ¿estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto, pero...

—Cuando se enteró de lo que estaba pasando y te vio en mi cuarto, se puso pálido. Pensé que se iba a desmayar.

—Debe de haberse quedado impresionado —dijo Sophie, al borde de las lágrimas—. Puede que haya sido muy bueno en los negocios, y que haya pasado por dos matrimonios, pero en el fondo es un hombre muy tradicional.

Alessio abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que normalmente Sophie era capaz de ver el lado más amable de su padre, así que, si ella pensaba que él era tradicional, probablemente era un hombre muy tradicional.

Alessio estaba seguro de que si su padre lo hubiera encontrado con una de esas mujeres rubias en la cama, habría comentado su disgusto y se habría marchado.

Pero Sophie era diferente.

Su padre la tenía en un pedestal y su papel hacia ella era paternal y protector, así que comprendía su reacción.

—Parecía impresionado —admitió Alessio.

—Podías haber cerrado la puerta al entrar.

—Estaba cerrada, Sophie. Oyó voces y sumó dos más os. Solo somos tres en casa, así que no tardó mucho en averiguar lo que estaba pasando.

—No deberíamos haber empezado esto —susurró Sophie.

—Ya es demasiado tarde. Nos ha pillado y, en ese momento, supe que tenía que ahorrarle el estrés de pensar que te habías convertido en una de mis conquistas. En caso de que no te hayas dado cuenta, su opinión sobre mi vida amorosa deja mucho que desear.

—Sí —murmuró Sophie, recordando los comentarios que Leonard había hecho sobre las mujeres con las que salía su hijo.

—Habría sido distinto si me hubiera pillado con otra mujer... — Alessio se pasó la mano por el cabello y sujetó la barbilla de Sophie para que lo mirara—. Él te considera como a una hija... La que nunca tuvo, y es muy protector hacia ti.

—Sí, pero...

—Pero nada, Sophie. Se ha puesto nervioso pensando que podría hacerte daño.

—¿Igual que has hecho daño a otras mujeres?

—Yo no he hecho daño a ninguna mujer. Me divierto con ellas, y ellas se divierten conmigo. Las trato muy bien en todo momento. Además, ya hemos hablado de esto. Supongo que podría haberle dicho que se sentara, que ambos somos adultos y que sabemos lo que hacemos, pero en ese momento, lo único que quería era tranquilizarlo.

—Supongo que lo agradezco.

Ella suspiró.

—No quería que se desmayara, Sophie.

—Lo comprendo, pero ahora cree que... —negó con la cabeza y trató de reír.

—¿Es realmente mentira?

—¿Qué quieres decir? —Sophie notó que se le aceleraba el corazón.

—Somos una pareja, ¿no?

—Mientras estemos aquí, sí.

—Entonces, no nos perdamos en los detalles.

—¿Esto no es algo más que un detalle?

¿Esperaba algo más de él? ¿Esperaba que le dijera que él quería algo más que una aventura?

Debía de estar loca... Allí estaban, metidos en una mentira y sin saber qué pasaría después.

—¿Qué pasará cuando regresemos a la vida real, Alessio? No podemos mantener esto. Leonard no es idiota. Se dará cuenta de que te lo has inventado todo.

—Dices que me lo he inventado todo, pero no es del todo verdad.

Le acarició la mejilla con el dedo y Sophie se estremeció. Pestañeó y separó los labios, y cuando él la besó en la boca, suspiró.

Ella le acarició el cabello y lo atrajo hacia sí. Él apoyó la frente sobre la de ella y sonrió.

—¿Quién está engañando a quién, Sophie? Esto no es algo que haya salido de la nada. No es un acuerdo que hayamos planeado para hacerle creer algo que no existe.

—Pero...

—Shh —colocó el dedo sobre sus labios—. No mentiría a mi padre por mucho que la mentira me ayudara a salir de una situación embarazosa. Y nunca te pediría que fingieras algo que no existe, que fuera pura ficción...

Sujetó su rostro entre las manos y Sophie lo miró, cautivada por su mirada, su voz y su explicación.

—Somos una pareja, Sophie. Somos amantes. Y no mentí cuando le dije a mi padre que tú eres diferente al resto de mujeres con las que he salido.

—¿No?

—Eres diferente. Diría que eres única.

Sophie pestañeó.

—Tan única que no vamos a continuar con esto cuando regresemos al planeta tierra... —contestó ella.

Durante unos segundos Alessio pensó que no estaba del todo seguro al respecto.

¿Continuarían donde habían empezado?

Estaba tan acostumbrado a tener relaciones temporales que la idea de que aquella fuera diferente le resultaba sorprendente.

Al menos, la sentía diferente.

Quizá pudieran verse de vez en cuando, aunque no continuaran con lo que tenían.

No había pensado en el momento de la separación.

¿Habría asumido que aquello continuaría para siempre? ¿Por qué no estaba preparado para pensar en que ella no estuviera allí?

Alessio frunció el ceño.

—No había pensado tanto, ¿tú sí?

—Por supuesto que sí —contestó Sophie—. Pensé que esto era bueno, pero que terminaría en algún momento. Nada permanente para ninguno de los dos. Una semana o dos de diversión y después tomaremos caminos separados.

—Bueno, pues esa idea tendremos que dejarla en espera.

—¿Cómo lo vamos a hacer, Alessio?

—Me parece que está bastante claro.

—¿Y eso?

—Mi padre se cree que es más de lo que es...

—Ese es el problema —dijo Sophie—. Sé que no querías estresarlo, pero creo que habría estado bien si le hubiéramos dicho la verdad.

—No quería correr el riesgo —se sonrojó—. Sé lo que estás pensando, Sophie. Estás pensando que he mentado para proteger a un padre que apenas había visitado durante un tiempo.

Al oír sus palabras ella experimentó un sentimiento de ternura.

—Eso que habla es tu conciencia, Alessio —dijo ella—. No estaba pensando nada de eso. De hecho, estaba sorprendida de que pudieras llegar tan lejos para no estresarlo demasiado...

—¿Y eso?

A Sophie se le derritió el corazón cuando él la miró. Quería escuchar lo que ella tenía que decir. ¡Qué diferente era ese hombre del extraño que ella había conocido en las oficinas de Londres! Un hombre gobernado por el reloj, que deseaba que se marchara y que no se creía lo que ella tenía que decirle.

—Has cambiado. Los dos habéis cambiado. Tu padre y tú —lo miró pensativa—. Puede que todavía no estéis muy unidos, pero te agradezco que no quisieras poner en peligro la relación...

—No estoy seguro de que realmente sea tan complejo...

—Pero seguimos teniendo un problema.

—Con un par de cosas positivas.

—¿De veras?

—Los últimos días me han llevado al límite, Sophie.

—¿Por qué?

—Sabes por qué. Estar cerca de ti cuando mi padre está presente...  
Desear acariciarte y no poder...

Sophie se sonrojó. Su cuerpo comenzó a reaccionar. Sí, sabía exactamente de qué estaba hablando. No había tenido ni un solo día en el que no pensara en el momento en que Leonard se fuera a la cama y Alessio y ella pudieran meterse en la habitación a escondidas.

Incluso en esos momentos, Sophie deseaba quitarse la ropa y sentarse a horcajadas sobre el hombre sexy que tenía delante y permitir que la penetrara. Deseaba arquear la espalda y sentir su lengua jugueteando con sus pezones.

Ella respiró hondo se esforzó por recuperar el autocontrol.

—Cuando regresemos a Inglaterra, las cosas no van a estar tan claras —murmuró ella.

—La casa debería estar funcionando —dijo Alessio—. Todavía quedarán cosas por hacer, pero nada impedirá que mi padre o tú os podáis mover por ella.

—¿Hay novedades?

—Y mantengo informado a mi padre. Quiere ser partícipe de todas las decisiones.

—Agotador —murmuró Sophie.

—Agotador para él. Y para los demás. No sabía que podía ser tan insistente a la hora de elegir el tono de la pintura del recibidor.

—No me ha mencionado nada...

—En cualquier caso, cuando regresemos a Inglaterra...

—¿Estarás preparado para volver a Londres? —Sophie terminó la frase por él.

—Más o menos.

Alessio descubrió que la idea no le resultaba tan atractiva como debía.

—Nuestra relación se irá desvaneciendo. Eso ocurre. Las relaciones arden, chisporrotean y después se apagan hasta que no queda nada.

—Es una manera muy triste de ver las cosas, Alessio.

«Despierta». Alessio se puso tenso y recordó por qué lo que ella y otras mujeres consideraban triste, él lo consideraba realista, porque era realista protegerse del dolor de la pérdida, y si el amor iba acompañado de la pérdida, él no quería esa fantasía.

—En eso no estamos de acuerdo. Confía en mí. Jugamos un rato, nos divertimos en el proceso, y en un par de semanas descubrirás que decirle una pequeña mentirijilla a un anciano habría merecido la pena...

Sophie descubrió que, al día siguiente, ese anciano tenía algo por lo que vivir.

¿Desde cuándo había admitido ante ella que estaba deseando ver a Alessio con la mujer adecuada?

Él había despotricado de la vida amorosa de su hijo cada vez que veía las fotos de los artículos de prensa, pero nunca había hablado de que ojalá sentara la cabeza, y tampoco parecía que su felicidad se vería influenciada por las elecciones de Alessio. ¡Apenas se hablaban, por el amor de Dios!

Sin embargo, Leonard ya no paraba de animar a la parejita a que pasara tiempo junta y que le dejaran que se recuperara de manera autónoma. Era feliz de saber que el mundo era un lugar más luminoso.

—Esto no va a terminar bien —dijo Sophie, preocupada al ver que Leonard los saludaba desde la puerta con una sonrisa.

Habían estado hablando de ir a visitar un viñedo con un guía privado. Irían a visitar los cultivos cercanos al lago y probarían la comida local. Sin embargo, al enterarse de la relación que mantenían, Leonard había decidido dejarles ir solos. Al parecer, nada debía interponerse en su relación de amor.

—Estará bien —murmuró Alessio—. Tenemos la libertad de disfrutarnos mientras estemos aquí. No busquemos maneras de desaprovechar la oportunidad.

Él se volvió para mirarla y la abrazó. En realidad, Alessio se alegraba de cómo habían salido las cosas.

La sorpresa de encontrarse con su padre fuera de la habitación se había desvanecido a gran velocidad.

Por su parte, no había nada que no le gustara de aquel acuerdo.

Primero, había evitado que su padre sufriera otra crisis al quitarle un potencial motivo de estrés. ¿No les había advertido el médico de los peligros de que su padre se preocupara demasiado?

Segundo, había legitimado la relación que tenía con Sophie. Ya no hacían falta las miradas de reojo, ni los roces de manos a hurtadillas. ¡Ahora Leonard los animaba a pasar tiempo juntos!

Y tercero, por primera vez en mucho tiempo, él podía sentir la fuerza de una relación que creía muerta.

Y era agradable.

La relación con su padre había cambiado por completo.

—Podemos ir a los viñedos en otro momento —dijo él—. Ahora me gustaría llevarte a un pueblo que no está muy lejos de aquí. La última vez que estuve fue hace algún tiempo. Quiero enseñártelo... Comeremos allí. Mira ese cielo azul. Hace frío, sí, pero el día está por descubrir.

Sophie sentía que todas sus dudas se desvanecían.

Alessio estaba muy atractivo vestido con pantalones negros y un jersey a juego sobre el que llevaba un abrigo de cachemir.

Con las casas de coleres de fondo y las montañas majestuosas, parecía un hombre muy sofisticado. Y muy atractivo... Y era completamente suyo... Más o menos...

A Sophie se le aceleró el corazón.

Estaban allí, ¿no?

Por supuesto que la relación no iba a ningún sitio, pero por el momento, Alessio los había metido en esa situación y una cosa estaba clara...

Ella no había parado de gustarle.

De pronto, su cabeza se llenó de imágenes de ellos haciendo el amor. Ella pensó en cómo le acariciaba el cuerpo con los dedos y no pudo evitar ponerse a temblar.

¿A quién trataba de engañar?

Quizá Alessio tuviera razón. Ambos eran adultos y se habían metido en aquello voluntariamente. ¿Por qué no se relajaba y disfrutaba de lo que había salido a la luz?

Cuando regresaran a Inglaterra podría concentrarse en pensar una salida. Ambos podrían. Porque estaba segura de que Alessio, con su fobia a las relaciones duraderas, estaría ansioso por encontrar una salida.

Ella podría empezar a darle pistas a Leonard acerca de que quizá no todo era tan maravilloso.

Leonard no era tonto y lo captaría enseguida.

Además, cualquiera se daría cuenta de que Alessio y ella no hacían buena pareja.

Ella era seria y pensativa, estaba interesada en el amor, en el matrimonio y quería tener hijos...

Él era un hombre desenfadado... que rechazaba el amor y el matrimonio y al que le gustaban las mujeres que desaparecían casi nada más llamar a su puerta.

Reforzada por la idea de tener una salida, Sophie sonrió a Alessio y, cuando él sonrió también, se le aceleró el corazón.

—¿Quieres saber dónde voy a llevarte? —murmuró Alessio—. ¿O prefieres que sea una sorpresa?

La rodeó por los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Ella apoyó la cabeza contra su brazo.

—Nunca me gustaron las sorpresas —murmuró.

—Lo comprendo —repuso él, y la besó en la cabeza—. Tenemos más cosas en común de lo que nos imaginamos. A mí tampoco me gustan mucho las sorpresas. Está bien, nada de sorpresas entonces...

Él le contó que se dirigían a un pequeño pueblo donde él había invertido en un restaurante reconocido mundialmente...

El chófer que iba a llevarlos a los viñedos cambió de ruta y los llevó hasta un precioso pueblo donde había un castillo del siglo XIII, rodeado de tiendas y cafés.

Ella se preguntaba si él habría hecho ese viaje en compañía de otras mujeres y experimentó un ligero sentimiento de celos.

—Si te gusta tanto venir aquí —comentó ella, mientras caminaban hasta el restaurante por las calles estrechas—, ¿por qué no vienes más a menudo?

—El tiempo es oro.

—Ahora has encontrado tiempo para venir...

—Mi padre no esperaría menos.

—¿Así que estamos aquí por tu padre?

—Solo soy capaz de hacer cierto sacrificio...

Delante del restaurante, y rodeados de personas elegantes, él la giró para que lo mirara.

—Deja que te cuente con detalle todas las cosas que vamos a hacer... Estoy seguro de que ninguna te sorprenderá...

Había una sorpresa.

Después de comer, Sophie descubrió que él había reservado una habitación en uno de los hoteles más exclusivos del pueblo.

—Te prometí que te demostraría lo entregado que estoy a nuestra pequeña locura... —murmuró con tono sexy.

—¡No podemos pasar aquí la noche! —exclamó Sophie al entrar en una habitación decorada en tonos azules y dominada por una enorme cama con dosel—. Leonard...

—¿Quién ha dicho que vayamos a pasar la noche?

Pasaron dos horas en aquel hotel de lujo donde una noche probablemente costaba lo mismo que un mes de sueldo de Sophie.

Eso era lo que una mujer conseguía cuando recibía la atención exclusiva de aquel hombre. Lujo y opulencia.

Y miradas envidiosas de las mujeres que pasaban por allí.

En aquella habitación recibió tanta atención que consiguió olvidar la importancia del sentido común, acompañada de un hombre dispuesto a entregarse a aquella locura mientras durara y a abandonarla sin mirar atrás cuando llegara el momento.

Estaba con el único hombre del mundo con el que no debería haber mantenido una relación, pero del que no se podía separar.

Fue una tarde clandestina y emocionante.

Ella disfrutó de su cuerpo desnudo y de su piel bronceada. Se entregó a él mientras él exploraba su cuerpo. Sus dedos eran mágicos y Alessio consiguió que se olvidara del mundo exterior mientras hacían el amor. Después de darse un baño en una enorme bañera circular, se vistieron de nuevo.

—Dime que no ha sido divertido —comentó él, una vez fuera del hotel.

Sophie lo rodeó por la cintura, bajo el abrigo, y sintió la potencia del cuerpo que la había llevado hasta la luna.

Había sido divertido.

No había habido ni un segundo en aquella cama donde no hubiera disfrutado.

Alessio le había pedido que confiara en él. Que vivir el momento sería bueno para Leonard... Era una pequeña mentira, una manera de tergiversar la verdad...

Ellos no habían buscado aquella situación, pero se la habían encontrado y estaba bien.

Entonces, ¿por qué se sentía inquieta? ¿Porque era demasiado precavida?

¿Qué importaba? Al fin y al cabo, estaban donde estaban.

Eran casi las cinco de la tarde cuando regresaron a casa y, antes de que pudieran llamar al timbre, Leonard les abrió la puerta con una sonrisa.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó.

Sophie se sonrojó y miró a otro lado, permitiendo que Alessio continuara con la conversación.

—Bien, bien... me alegro.

Terminaron en la cocina y Leonard se volvió para decirles que ya había llegado el momento de regresar a Inglaterra.

—Empiezo a aburrirme de estar aquí —dijo con una sonrisa—. Puede que sea viejo, pero el cerebro necesita estimulación y por aquí no hay mucha. ¡Necesito regresar a mi rutina! Y vosotros... Tenéis todo el futuro por delante... Seguro que queréis volver también.

—¿Y qué hay de la reforma, Leonard? —preguntó Sophie—. Los obreros, el caos...

—Podré soportarlo. Además, tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

Él le guiñó un ojo a Sophie.

—Cosas. No ten preocupes, cariño. ¡Disfruta divirtiéndote con mi hijo!

## Capítulo 9

**T**ENER que marcharse de la casa fue una pena, pero Leonard lo había decidido y no había nada que pudiera hacer que cambiara de opinión, así que, treinta y seis horas más tarde Alessio estaba cerrando la puerta y dando instrucciones al ama de llaves.

—No lo entiendo —dijo Sophie, una vez en la limusina que los llevaría a casa de Leonard desde el aeropuerto donde había aterrizado el jet privado—. Se quejó tanto de que hicieran las obras, y de los inconvenientes de tener gente en la casa rompiéndolo todo...

Sophie hablaba susurrando porque Leonard estaba sentado en el asiento de delante.

—Un nuevo aliciente para la vida —murmuró Alessio.

Estaban agarrados de la mano y Sophie se preguntaba si ya estaría arrepintiéndose de la mentira que había contado. ¿Estaría pensando en lo difícil que iba a resultarle salir de un acuerdo que se suponía que no iba a durar más de dos semanas?

—No digas eso.

—¿Por qué fingir?

—Si Leonard tiene un nuevo aliciente para vivir por esta mentira que le hemos contado, será mucho más difícil deshacer todo este lío.

—Querer es poder.

—Eso es un decir —murmuró Sophie.

—Pero a veces es verdad.

—¿Cuándo piensas volver a Londres?

—No he pensado mucho en ello.

—Creo que debía de ser cuanto antes.

—Explícate.

Sophie se volvió para mirarlo y sus miradas se encontraron. Durante unos instantes, ella sintió que le costaba respirar.

—Si tengo que empezar a pensar en cómo salir de esto... —desvió la mirada a otro lado—, me resultará más fácil si tú no estás.

«Tentándome... Haciendo que desee acariciarte, mirarte y oír tu VOZ...».

—¿Y eso? —Alessio entornó los ojos.

Ella estaba de perfil, y él deseó girarle la cabeza para poder mirarla a los ojos y averiguar lo que estaba pensando.

Junto a aquella mujer, sus defensas no respondían como él las había entrenado.

A su lado, a veces se sentía como si le hubieran quitado la armadura, dejándolo vulnerable ante...

¿Ante qué?

—No lo sabía. Se sentía confuso. Y eso estaba asociado con la debilidad. Alessio sabía lo que era ser débil y sentirse indefenso.

—¿Y bien? Tengo la sensación de que tienes un plan en mente.

—Somos personas muy diferentes...

—¿Y?

—Y bajo otras circunstancias no habríamos...

—Dilo, Sophie.

—No habríamos terminado en la cama.

Ella hablaba en tono bajo, a pesar de que Alessio había cerrado la ventanilla que los separaba del conductor y de que Leonard estaba durmiendo en el asiento del copiloto.

Nadie podía oírlos, pero era muy raro tener aquella conversación íntima con dos personas tan cerca.

—¿Estás segura de ello?

—Sí.

—¿Crees que hemos terminado siendo amantes porque estábamos en el mismo sitio al mismo tiempo?

—Más o menos.

—Eso no dice mucho del poder de la atracción, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir?

Alessio ignoró la pregunta.

—Es más, lo encuentro muy ofensivo.

—¡No se de qué me estás hablando!

Sophie lo miró sorprendida.

—¿Crees que soy muy superficial?

Ella trató de bajar la mirada, pero Alessio le sujetó la barbilla para que lo mirara.

—No creo que seas superficial. De hecho, eres una de las personas más complejas de las que he conocido en mi vida.

Alessio se relajó y medio sonrió.

—¿Por qué te parece ofensivo lo que he dicho? —preguntó.

—No soy el tipo de hombre que decide acostarse con una mujer solo porque está ahí. Me he acostado contigo porque eres muy sexy. Eres inteligente, divertida, y una de las mujeres más interesantes que he conocido nunca.

Sophie sonrió.

—Sin embargo, ya me conoces hace un tiempo.

—¿Ah, sí?

—Llevo trabajando con tu padre más de dos años.

—Y siempre has tenido mucho cuidado de que no te viera.

—¿En serio?

—Ya te lo he dicho antes. Has hecho lo posible por evitarme. ¿Por qué? Y no me digas que lo hacías para dejarme tiempo de calidad con mi padre. Las cosas han mejorado mucho entre nosotros, pero durante mucho tiempo tener tiempo de calidad con él no era mi prioridad.

Sophie se quedó paralizada.

—¿A lo mejor ya entonces te sentías atraída por mí? ¿Es eso?

—Tienes un ego enorme, Alessio —dijo ella.

—Es una bendición y una maldición.

—Como te dije... No me correspondía ir a cenar contigo y tu padre... o ir al salón a tomar café... o brandy... O lo que sea.

Alessio ladeó la cabeza y la miró en silencio.

—Puede que no me sienta muy segura de mí misma —dijo ella—. No puedo comprender cómo podías sentirte atraído por mí.

—Ahora ya lo sabes.

—Aún así, hay muchas diferencias entre nosotros... —respiró hondo—. Y el motivo por el que te he preguntado si vas a regresar a Londres en cuanto llegues es porque creo que puedo ir dándole pistas a tu padre, sobre esas diferencias.

Alessio frunció el ceño.

—Sí, creo que es una idea excelente.

—Yo... Sí... Es mejor que... Empecemos lo antes posible.

—¿Para evitar complicaciones innecesarias? Estoy de acuerdo.

—Leonard debe saber que no somos compatibles.

—¡Por supuesto que lo sabe! Pero, como bien sabes, es fácil que la gente crea lo que quiere creer.

—Sí. Así es.

—Está desesperado por creer que por fin he encontrado a una mujer que es... —la miró con una sonrisa—, diferente a las mujeres con las que salgo habitualmente.

—Pero no tardará mucho en darse cuenta de que solo porque sea justo lo opuesto a esas rubias con las que te gusta ir agarrado del brazo, no significa que sea la de verdad.

Alessio sonrió.

—Me encantan las palabras que eliges.

Sophie se sonrojó. Él la miró y ella se avergonzó aún más.

Por mucho que tratara de convencerse de lo contrario, todavía deseaba a ese hombre más de lo que era bueno para ella.

Necesitaba que regresara a Londres lo antes posible.

Necesitaba estar alejada de él físicamente para poder volver a pensar con claridad.

Además, necesitaba que desapareciera para poder empezar a insinuar que iban a separarse.

Necesitaba que se fuera.

Pero deseaba que se quedara.

—Pero, por supuesto, tienes razón.

Él la miró fijamente y ella se estremeció, pensando en el sexo.

—Entonces...

Sophie pestañeó y regresó a la realidad.

—Comprobaré cómo va la casa cuando llegemos. He estado recibiendo dos informes al día, pero necesito asegurarme de que todo va como debería.

Alessio hizo una pausa. Era fácil imaginarse la posibilidad de quedarse más tiempo... Acostarse con ella otra vez... Disfrutar de las noches durmiendo con ella...

No tenía sentido. En muy poco tiempo se había acostumbrado a despertarse temprano y buscar el cuerpo desnudo que descansaba a su lado.

—Con respecto a la parte económica, todo ha ido muy deprisa —dijo—. He comentado todo con mi padre para que esté al corriente...

—No me ha mencionado nada al respecto. De hecho, apenas ha mencionado nada acerca de que la empresa perdiera dinero...

Alessio sonrió.

Sus miradas se encontraron y Sophie se estremeció.

—Se ha adaptado rápidamente —murmuró ella.

—¿Tú crees? Yo diría que ha pasado de quejarse de todo a que todo le parezca bien.

Ambos se rieron y Leonard se volvió para mirarlos. Golpeó suavemente la ventanilla del vehículo y Alessio la abrió.

—¿De que os reís tanto?

—Estamos hablando de cuándo va a regresar Alessio a Londres.

—¿Y por qué tanta prisa? —preguntó Leonard frunciendo el ceño.

—¿Tengo un imperio que gobernar? —intervino Alessio.

—¿O es el imperio el que te gobierna a ti, hijo mío? ¡Eso no sería bueno! En cualquier caso, no puedes marcharte hasta pasado mañana como pronto.

—¿Y por qué?

—Tengo que hacer una pequeña cena para celebrar los cambios.

—¿Una cena de celebración?

—Nada exagerado, ¡así que no os asustéis! Sarah está encantada de cocinar, y yo siento que todo lo que ha pasado... con mi salud y todas esas noches de preocupación... Me gustaría hacer algo especial para señalar este nuevo capítulo.

Sophie estaba sorprendida. Antes de tener que despedir al ama de llaves, a Leonard le encantaban las cenas formales, incluso aunque solo tuviera un invitado. Lo disfrutaba. Y a ella le alegraba que estuviera recuperando su forma de ser.

Una hora más tarde se alegró de que la casa estuviera casi terminada, así que la rutina de Leonard apenas se vería alterada.

Sarah los estaba esperando en la puerta. Hacía mucho frío y los tres se apresuraron para entrar en la casa, dejando que el chófer entrara las maletas.

Hacía frío fuera, pero la casa estaba calentita. Habían puesto a punto la calefacción central.

Y en el interior...

Sophie se quedó boquiabierta.

Junto a ella, Leonard también estaba boquiabierto.

Eso demostraba lo mucho que se podía conseguir cuando uno invertía dinero en ello.

Alessio revisó lo que habían hecho y comprobó que las zonas principales de la casa se habían terminado. Su padre no se daría cuenta de que todavía estaban en obras.

Cuando Sophie miró a Leonard de reojo, se dio cuenta de que estaba impresionado por lo que había conseguido su hijo.

¡Ya no eran dos extraños sentados cada uno en un extremo de la mesa!

De pronto, se dio cuenta de que ella ya no sería imprescindible.

Padre e hijo se tendrían el uno al otro.

La idea de regresar a su vida solitaria provocó que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Qué ocurre?

Alessio estaba detrás de ella y Sophie respiró hondo antes de volverse a mirarlo.

Leonard estaba con Sarah, terminando de recorrer la casa y contento porque hubieran respetado los colores que él quería.

—¿Y bien?

Sophie miró a Alessio. Ese hombre le había robado el corazón y ella sabía que tendría que vivir la vida sin él.

—Bueno, supongo que debería sentirme aliviada cuando esto termine.

—¿El qué? ¿La reforma? Apenas te darás cuenta de la presencia de los obreros. Ya han terminado en casi todas las zonas que Leonard y tú utilizáis.

—Quiero decir... Me alegraré cuando termine toda esta locura que le hemos contado a Leonard. Al verlo aquí, tan contento en su territorio... Pone en perspectiva la estúpida mentira que le hemos contado. Y ahora... Ahora deseo que todo termine —suspiró—. Y poder continuar con mi vida.

—¿Qué quieres decir?

Sophie se encogió de hombros.

—No creo que una vez que nos separemos mi puesto aquí siga teniendo sentido.

Alessio la miró con ojos entornados.

—Eso es ridículo.

—No creo que pueda jugar a ser la exsonriente.

—Entonces, siéntete libre de mostrar tu enfado conmigo.

—Eso no va a funcionar.

—¿Por qué no? Estaré encantado de que me dejes. No se suponía que esto fuera a poner en peligro tu trabajo, o que tú tuvieras que sentirte incómoda. Mira... Este no es el lugar ni el momento de mantener esta conversación. Mi padre regresará en cualquier momento. No me siento cómodo con lo que estás diciendo, así que, ¿por qué no esperamos hasta que celebre la cena que va a preparar para nosotros mañana por la noche? Hablaremos después.

—No voy a cambiar de opinión.

Alessio le cubrió la boca con un dedo.

—Shh... Mañana... ¿de acuerdo? Mi padre cena temprano. La cena habrá acabado sobre las ocho y podremos hablar después.

Sophie asintió.

Hablarían al día siguiente y, después, ella empezaría a preparar sus maletas para regresar a la vida que había dejado atrás.

¿Qué diferencia había en esperar unas horas?

Al día siguiente, Alessio estuvo trabajando y coordinando a los obreros en la casa.

Leonard estaba emocionado por todo lo que pasaba, con Alessio... Con la casa... Con el negocio.

—¡Asegúrate de vestirse elegante, cariño! —le dijo a Sophie, a las cinco antes de marcharse a su habitación—. ¡Le he dicho lo mismo a tu chico! Él se ha marchado a la oficina de Harrogate, pero llegará a tiempo de la cena.

Sophie estaba terminando de vestirse cuando llamaron a la puerta de su dormitorio.

Alessio.

Alto, imponente... Muy atractivo.

Y muy serio.

—Tenemos un pequeño problema —entró y cerró la puerta tras él—. Bonito vestido, por cierto —murmuró, mirándola con apreciación.

Sophie sintió que su cuerpo reaccionaba ante su mirada.

Cuando él la rodeó con el brazo y ella inhaló su aroma...

No quería.

No cuando estaba tratando de recuperar la independencia emocional que había abandonado.

Pero no puo evitarlo.

Él la apoyó en la puerta y la besó de forma apasionada.

Ella le acarició el cuerpo. Metió las manos bajo su camisa y le desabrochó los pantalones.

Se levantó el vestido y gimió cuando él le acarició el centro de su feminidad. Ella se arqueó y comenzó a contonearse contra su dedo,

derrumbándose como una muñeca de trapo mientras el placer la invadía por dentro.

Le clavó los dedos en los hombros.

Deseaba más... Mucho más.

Necesitaba que la penetrara para que todo su cuerpo estallara.

De algún modo, llegaron a la cama. Ella se tumbó vestida sobre el colchón.

Él se quitó los pantalones y liberó su miembro erecto de la tela de la ropa interior.

No había tiempo para la seducción.

Retozaron como adolescentes y cuando la penetró, ella comenzó a moverse rítmicamente, rodeándolo con las piernas hasta que el éxtasis se apoderó de ellos.

—Alessio...

Ella miró a otro lado y lo besó en el cuello, y durante unos momentos permanecieron unidos.

Después, él se separó de ella y se volvió para mirarla antes de levantarse de la cama. Sophie se recolocó el vestido y la ropa interior, que tenía enganchada en un tobillo.

—Sophie... Acabo de venir del piso de abajo...

—¿Por qué estás tan serio? —preguntó ella—. Me estás asustando.

—Tenemos que bajar, pero te lo advierto: No es la pequeña celebración que esperábamos.

—¿Qué quieres decir?

—Sophie... Ha invitado a todo el pueblo...

## *Capítulo 10*

**S**OPHIE oyó voces en el salón antes de llegar al pie de las escaleras.

No había tenido tiempo para ducharse, pero sí para tratar de recuperar la compostura. Observó a Sarah dirigirse al salón con una bandeja de aperitivos. Detrás, un muchacho desconocido, vestido con pantalones negros y camisa blanca, llevaba una bandeja con bebidas.

—¿Leonard ha contratado camareros?

—Eso parece... —dijo Alessio.

—¿Cuándo? ¿Por qué? Él no ha mencionado nada... ¿Te ha comentado algo a ti?

—Creo que ha hecho lo posible para que no nos enteremos —se miraron al pie de la escalera, con los cuerpos todavía cálidos por el deseo.

—¿A qué está jugando?

Pero Sophie sabía lo que Leonard pretendía y estaba horrorizada.

Sophie pensaba que Alessio había exagerado al decir que había invitado a medio pueblo.

No era así.

Era evidente por el ruido que salía del salón. Sophie miró desde la puerta y vio que Sarah y su ayudante servían las bebidas. En una mesa había una selección de canapés y cubiteras con botellas de vino y bebidas no alcohólicas. Al fondo de la habitación, Leonard estaba sentado en una butaca.

Había al menos veinte personas en la habitación, y casi todas eran conocidas.

Amigos del pueblo, compañeros del trabajo, la chica de la floristería...

Sophie palideció y agarró a Alessio antes de que Leonard pudiera verlos. Lo llevó hasta una salita contigua y le dijo:

—¡Esto es una pesadilla! —susurró—. ¡Toda esta gente!

Alessio la miró y se fijó en sus mejillas coloradas y en el brillo de su mirada. También en la cara de horror de su rostro.

Su cuerpo todavía estaba relajándose después de las caricias. ¡No habían podido apartar las manos uno del otro!

Entonces, ¿por qué tenía prisa por escapar de la situación? ¿Por qué no disfrutaban de lo que tenían?

Él suspiró con impaciencia y frustración y se pasó los dedos por el cabello. Se apoyó en la pared y metió la mano en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Admito que no es lo ideal que haya invitado a toda esta gente para celebrarlo, pero ya están aquí y no hay nada que podamos hacer.

—No, sé que no podemos echarlos, pero Alessio... ¡Esto es un desastre!

—Desastre es un poco exagerado, ¿no crees?

—¡No! ¡No creo!

Él no comprendía nada. Sophie estaba invadida por un sentimiento de derrota.

—Sophie, esto no es el fin del mundo.

—Parecías afectado cuando viniste a contármelo a mi cuarto.

—Estaba sorprendido.

«Pero entonces nos entregamos el uno al otro, y pensaste que continuar con esta locura podría estar bien...».

En un instante, Sophie supo lo que tenía que hacer.

Sabía en qué terreno se movía.

Alessio siempre había sido sincero al respecto.

Nada de compromiso.

Nada de implicación emocional.

Nada de amor.

Solo sexo, siempre y cuando ambos desearan lo mismo.

Sophie sabía que había aceptado ese acuerdo con los ojos bien abiertos, pero no estaba segura de si podría encontrar una salida.

¿Cuánto tiempo tardaría en que Leonard captara todas las indirectas que ella le iba a mandar?

¿Un mes? ¿Dos? ¿Seis?

Cuando Sophie pensaba en estar un mes más con Alessio... O dos... se sentía débil y asustada.

Nunca podría convencerlo de que acostarse juntos sería una mala idea. Y tampoco podría convencerse a sí misma.

Él la acariciaba y ella se derretía por dentro.

Él la miraba y ella ardía de deseo.

Y él lo sabía.

Y allí estaban, con una multitud esperándolos en el salón. Y podía imaginar lo que les habían contado.

Había regresado el hijo pródigo. Después de estar vagando durante años, Alessio había regresado. Y había rescatado a su padre de la pesadilla de un futuro económico incierto.

Además, iba a sentar la cabeza con alguien a quien Leonard daba su aprobación.

Sophie sabía que la culpable de todo era ella, por haber seguido la idea de Alessio sin protestar.

Había aceptado aquella pequeña mentira porque le resultó más fácil. Había sido débil cuando debería haber sido fuerte. Aunque ya no tenía sentido valorar los pros y contras.

Era lo que era.

Leonard y sus amigos los esperaban, ansiosos por saber cuándo sería el gran día.

Solo había una manera de que Sophie pudiera salir de aquella situación.

La verdad...

—¿Porque...? —preguntó ella.

—¿Disculpa?

—Dijiste que estabas sorprendido. ¿Por qué?

—Hay una habitación llena de gente. Leonard les habrá contado historias sobre nuestro amor y...

—Sí, estoy segura de ello.

—¿Qué ocurre? —Alessio suspiró—. Mira, sé que tienes dudas acerca de esto, pero disfrutemos de lo que tenemos. Y, cuando llegue el momento, probablemente no tengamos ni que explicarle nada a mi padre.

Sophie frunció el ceño.

—Lo siento, no lo comprendo.

—Piensa en ello... —le agarró la mano.

—Dime cómo debería pensar en ello —dijo Sophie, separándose de él antes de cruzarse de brazos.

—Cuando todo empiece a enfriarse entre nosotros, mi padre se dará cuenta. Puede que intente hacer algo durante un tiempo, pero es lo bastante listo como para darse cuenta cuando todo haya terminado.

—¿Porque yo ya le habré dado pistas sobre la situación?

—Algo así. Ahora vamos a reunirnos con los invitaos...

—Todavía no.

—¿Qué más hay que decir en este momento?

Alessio hablaba con frustración. Sophie no tenía ni idea de dónde pretendía llegar dándole vueltas al mismo tema.

—Esto no me vale, Alessio.

—No va a durar para siempre.

—Y ahí es donde radica el problema.

—No te sigo.

—No quiero que esto termine —Sophie lo sujetó por la barbilla para que no girara la cabeza—. Cuando te vi por primera vez en el despacho, Alessio. Sabía que iba a ver a alguien que me caía mal.

—Lo sé.

—Pensé que nunca llegarías a buscarme.

—Una vez más, no me dices nada nuevo.

—Las cosas han cambiado. He visto cómo te relacionas con Leonard. He visto los dos lados de la misma moneda y me he dado cuenta de que no eres el hombre que yo pensaba que eras.

—No es bueno sacar conclusiones antes de tiempo. Aunque comprendo que lo hayas hecho.

—Y entonces... —Sophie respiró hondo.

—¿Y entonces?

—Nos acostamos. Y todo cambió para mí. Al principio me estaba acostando con un chico por el que me sentía atraída. Al principio, solo hacía lo que quizá debería haber hecho hacía mucho tiempo.

—¿Es el momento de hablar de esto?

—Es el único momento en que podemos mantener esta conversación, Alessio. No te preocupes. Tu padre no mandará a nadie a buscarnos. No te olvides de que cree que estamos entregados al amor.

—Estás siendo sarcástica.

—Lo siento. Sabes que no soy así. Pero, creo que ya sabes dónde quiero llegar.

—¿Sí?

—Por supuesto que sí, Alessio. Seguro que sabes que me he enamorado de ti.

Sophie vio que se ponía pálido y se preguntó cuánto tardaría en aceptar que cuanto antes terminaran con esa farsa, mejor.

—Yo no quería —confesó ella—. Pensaba que sería inmune a un chico como tú, porque no eras el tipo de hombre con el que me imaginaba queriendo pasar el resto de mi vida. Y el motivo por el que te digo todo esto...

Sophie esperaba una respuesta, pero solo se encontró un silencio. Por primera vez, Alessio no tenía palabras.

—El motivo por el que te digo todo esto es porque no puedo estar contigo más tiempo... Sabiendo que no llegaremos a nada. Para ti, solo es sexo, pero ¿para mí? Quiero más. Mucho más. Deseo pasar contigo el resto de mi vida. Quiero que lo que tu padre cree, se convierta en realidad.

—Sophie... Él...

—Él va a tener que comprender cuál es la situación. Yo voy a ser sincera. Pero no voy a acusarte de nada. Entonces, cuando lo haya hecho, iré a recoger mis cosas, llamaré a un taxi y me iré a visitar a mi madre. No me está esperando, así que, se llevará una grata sorpresa.

—¿Y mi padre? ¿Cómo se va a sentir?

—Alessio, ha llegado el momento de pensar en cómo me voy a sentir yo en lugar de cómo se va a sentir tu padre. Estarás aquí para él. Eso es lo importante.

Se hizo un silencio.

—Y —añadió Sophie—, por supuesto estaré en contacto con Leonard. Forma parte de mi vida.

Ella esperó.

¿Qué quería que él le dijera?

—Si eso es lo que sientes que debes hacer, hazlo —dijo él.

Su tono era frío. Solo había una manera de detenerla y eso pasaba por prometerle cosas que nunca prometía.

Ella le gustaba. La respetaba. Le gustaba como nunca le había gustado ninguna mujer. Pero eso no sería suficiente, porque ella quería que la amara y él nunca la amaría.

El miedo se apoderó de él. Miedo por lo que la vida sería sin ella a su lado.

—Quieres lo que nunca podré ofrecerte —le dijo.

Ella se volvió y se dirigió hacia la puerta, parándose un par de segundos antes de marcharse sin mirar atrás.

Alessio permaneció allí.

Las palabras de Sophie resonaban en su cabeza.

Ella se había enamorado de él.

¡Él no se lo había pedido! ¡No la había animado a hacerlo!

¿O sí? No. Él no creía en el amor. El amor implicaba pérdida. Y la pérdida era lo que él llevaba evitando toda su vida adulta.

No obstante, ella se iba a marchar.

Y él no volvería a verla.

Pero no tenía sentido intentar detenerla.

Salió de la habitación y dudó un instante... Se acercó hacia donde los invitados esperaban para oír... ¿Qué?

Lo descubrió enseguida.

Oyó que Sophie hablaba con seguridad.

Era evidente que Leonard ya había contado que el matrimonio era inminente. ¡Que su hijo pródigo había regresado e iba a casarse con la mujer perfecta!

Y Sophie estaba en el proceso de desmentir la noticia. Alessio estaba sorprendido por su coraje y la calma que mostraba en su voz.

Permaneció allí y escuchó unos instantes, con la respiración acelerada y confuso.

Sophie no tenía ni idea de dónde estaba Alessio.

Tampoco podía pensar en ello porque estaba demasiado ocupada hablando ante un público asombrado.

Se había aclarado la garganta y lo había explicado todo, provocando que los presentes quedaran en silencio.

Apenas podía mirar a Leonard a los ojos, pero lo hizo porque él era a quien le estaba hablando en realidad.

—Lo hicimos con la mejor intención —dijo ella, haciendo que se acercara para poder darle la mano.

—No lo comprendo... —comentó Leonard.

—Yo fui una cobarde —le dijo—. Nos pillaste y nos apresuramos a darte una explicación que pensamos que aceptarías, porque no queríamos que te pusieras nervioso.

—¡No fuiste tú la cobarde! Alessio...

—Él hizo lo que pensaba que era lo mejor porque es un buen hombre. Lo que ha pasado no fue culpa suya. Fue mía.

—No te entiendo. Tienes que dejar de hablar con adivinanzas.

—He cometido el error de enamorarme —dijo ella—. Y antes de que empieces a hacer acusaciones, esto no es culpa de Alessio. Él lo dejó todo claro desde un principio. Solo que mi corazón no ha seguido las reglas del juego.

«Equivocarse... Enamorarse... No ha sido culpa de Alessio».

Alessio tuvo que esforzarse para oír lo que ella estaba confesando.

De pronto, algo en su interior le hizo ver lo que él mismo se estaba ocultando.

No era solo que se hubiera enamorado de él.

Si no que él también se había enamorado de ella.

¿Cómo había sucedido?

¿Y cómo no se había dado cuenta antes?

La necesidad de verla... La paz y la felicidad que sentía cuando estaba a su lado... La manera en que le afectaba su tono de voz... La manera en que Sophie le hacía reír y cómo pensaba en ella todo el tiempo.

Sin embargo, él se había creído que era inmune a esas tonterías del amor.

Por supuesto, Alessio sabía bien lo que tenía que hacer.

Pero, ¿ella lo creería? Después de todo, él había sido el que había mentido.

¿Lo rechazaría?

Así, sin más, Alessio descubrió lo que era el amor. Era preferir el dolor del rechazo a la seguridad de vivir en una torre de marfil. Trataba de no tener elección a la hora de arriesgar con el corazón. Sobre abrir una puerta que había cerrado durante toda la vida.

Entró en el salón.

Y todo el mundo lo miró, incluido su padre.

Alessio esperaba una acusación, pero encontró aceptación. Ambos habían ganado confianza y estrechado los lazos de su relación. Y sabía que Sophie había tenido un papel fundamental en todo ello.

Al mirarla, vio que enderezaba la espalda como preparándose para defenderse.

Él miró a los invitados y dijo:

—Lo siento —se volvió hacia Sophie y su padre.

—No es necesario —dijo Leonard—. La vida es así. Debería estar enfadado, pero me conmueve saber que hiciste lo que hiciste para tratar de protegerme.

—Alessio...

—Sophie...

Él quería darle la mano, pero ella tenía los dedos entrelazados delante de su cuerpo.

—Ya le he explicado la situación a tu padre —dijo Sophie—. No hace falta que des más explicaciones.

—No estoy aquí para eso. Acercaos todos. Es importante lo que tengo que decir.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que habría hecho hace tiempo si no hubiese sido un idiota y un cabezota. Me dijiste que me querías —dijo él—. Y yo te oí y cerré la posibilidad de abrirme a ti. Fue un error. Trataba de proteger mi corazón —miró a su padre—. Basta de mentiras, papá. A partir de ahora, la verdad y solo la verdad.

Miró a Sophie.

—Sophie, me gustas mucho. Y traté de engañarme fingiendo que no era así. Me he pasado la vida protegiéndome para no ser vulnerable. Conseguí convencerme de que eso nunca cambiaría. Lo cierto es que, nada más conocerte, perdí la capacidad de mantener mi autocontrol. Me hacías reír, me hiciste pensar y me hiciste desear.

Los invitados habían desaparecido. La única persona que estaba allí era la mujer de la que se había enamorado.

—Estás diciendo que... ¿Lo dices en serio, Alessio?

—Cada palabra. Fui un idiota... Un completo idiota...

Sophie sonrió y se acercó a él. El corazón le latía tan fuerte que parecía que iba a estallar.

—Ahora que lo sé te arrepentirás de haberlo dicho.

Le acarició la mejilla y él le agarró la mano y se la besó.

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó él—. ¿Cómo iba a saber que el amor podía derrumbar mis defensas como si fuera un castillo de arena destrozado por la marea? He dejado pasar la vida, creyendo que nadie podía hacerme cambiar, pero tú lo has hecho, querida. Y no quiero que nunca dejes de proponerme retos. Haces que sea el hombre que quiero ser.

Se arrodilló ante ella.

—No tengo anillo, Sophie, así que puede que no aprecies mucho el gesto, pero sale de lo más profundo de mi corazón. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras y, delante de todo el mundo, te quiero preguntar... ¿Quieres casarte conmigo?

Sophie lo miró a los ojos y vio pura sinceridad en su mirada.

Deseaba pellizcarse. ¿Era posible que sueños como aquel se convirtieran en realidad?

<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Pero él estaba esperando una respuesta.

Todo el mundo estaba esperando su respuesta.

Sonrió y contestó con voz temblorosa:

—No se me ocurre nada que desee más...